

# MIGUETA

© 2009. Mariano Blasco Valle

© 2009. Casa Eolo, S.L.

Publica y edita:  
Casa Eolo, S.L.  
Pedro Arnal Cavero 22  
22001 HUESCA (España)

[www.casaeolo.com](http://www.casaeolo.com)  
[www.casaeolo.es](http://www.casaeolo.es)  
e-mail: [eolo@casaeolo.com](mailto:eolo@casaeolo.com)

Reservados todos los derechos.

Se autoriza la reproducción y difusión de esta obra, siempre que se respete íntegramente su contenido y se citen expresamente, el autor, la editorial y la fuente donde se puede descargar ([www.casaeolo.com](http://www.casaeolo.com)).

# **MIGUETA**

**M. BLASCO VALLE**

**Nota del autor:**

**Este librito está plagado (a posta) de léxico y latines ya casi olvidados. Buscar su significado en el diccionario será una tarea formativa fundamental. También contiene “tacos comedidos” y siempre colocados en el contexto de la obra y sus personajes.**

**Es un texto ideal para el análisis del lenguaje dirigido a alumnos de 15 a 18 años. Si sirve a este cometido el autor estará feliz y satisfecho, dando por bien empleado el tiempo que puso en su elaboración.**

**M. Blasco Valle. Zaragoza 1994.**

## I- LA PEÑETA

La cuesta de tierra amarilla que servía de atajo para ir a casa del “ama” estaba coronada por una peña que hacía las veces de mojón natural. Los vecinos llamaban a ese camino la Peñeta y por ese nombre la conocía Miguel aunque ignorara el significado de la toponimia. En la región, el diminutivo oscense apodaba sin piedad a todo ser vivo o inanimado, y por eso, el chaval atendía al mote de Migueta.

La pendiente, aunque de ascenso incómodo, ahorrraba tiempo para acceder a la zona sur del pueblo. Piedras y arena formaban su irregular lecho y nadie sabía de dónde podía manar tanto polvo. Por esta razón, era poco transitada y, en su soledad, Miguel sentía cierto derecho sobre ella.

Al ascenderla, quedaba a la izquierda un matojo de espinados rosales que sin podar floraban en anarquía. Tras ellos, coronaba esa linde, el tabique lateral de la tienda de Julián. A la derecha limitaba con el muro adobado de una casa inclinada que Miguel sabía habitada, porque a través de un ventanuco ferroso, percibía olores a puchero y algún que otro rezongar masculino. Según el momento del día, la derecha se hacía izquierda y la izquierda derecha, pero la diferencia no era sólo direccional. Por la mañana, cuando alegre huía de la casa de la carretera, la encontraba luminosa y hasta se permitía esperar sentado a que abriera la tienda de Julián; pero por la noche, sin alumbrado, le parecía angosta y llena de

sombras, y por eso, se la comía en cuatro hábiles saltos, no por miedo, sino por las prisas...

La tienda de Julián era una abacería rural con el suelo entarimado y en ella se vendía de todo, incluso conversación. Este delicado producto lo envolvía Petra, la esposa de Julián, obesa y pizpireta mujer a la que Miguel profesaba especial cariño porque siempre le ataba la cinta de la alpargata.

Cuando la mujer de Julián se arrodillaba para realizar esa buena acción, su metro cincuenta se hacía un ovillo de ochenta quilos que repetía con voz canutada...

-¡Un día te vas a esmorrar!...-¡Ya lo verás!...-¡Un día te esmorrarás!...

Miguel miraba entonces la crencha de su amiga y por el escote laxo de la bata veía unas masas flotantes que siempre le parecieron, en sus temblores, dos grandes flanes en el plato. Realizada la maniobra, la mujer buscaba apoyo y Miguel, era el bastón con el que se incorporaba barranto siempre la consabida amenaza...

-¡Un día te vas a esmorrar!...-¡Ya lo verás!...-¡Un día te esmorrarás!...

-"Gracias señora Petra" respondía Miguel mirando los vidriosos botes que llenos de dulces no parecían menguar nunca. Petra seguía la mirada del crío, y en una carambola meditada, extraía un limoncillo o una naranja escarchada, para acercársela unida al imprescindible reproche...

-¡Zagal! ¡Átate bien la alpargata o un día te abrirás la frente!

Entonces le atusaba el flequillo y volviendo a sus quehaceres ignoraba su presencia como si repentinamente se hubiera esfumado.

- "...acias...ñora Petra...acias".

Miguel chupaba el caramelo pero no se marchaba. Con la esperanza de que el marido repitiera la caridad permanecía en silencio, y cuando se percataba de que no habría más regalos, hacía crujir la tarima despidiéndose con otro... "acias...ñora Petra"... "acias..."

El día entero era suyo. Atravesó la lona azul y notó el contraste del oscuro frescor contra el sofocante amarillo externo, pero a él no le molestaba. Sabía que en verano hacía calor y sobre todo, era feliz porque se sentía libre ¡Aún no iba a la escuela!

El curso pasado su madre había intentado escolarizarlo, pero don Luis, el único maestro (junto a doña Ángeles que educaba la sección femenina) le hizo ver la imposibilidad de esa petición.

-¡No! ¡No puedo! ¡No puedo con todos! ¿Sabe usted qué es mi escuela?... Pues un zoológico lleno de rapatanes cuya edad va de los catorce a los seis años... ¿Y sabe cual es mi tarea?... pues desasnarlos... ¡Sí!, ¡Sí!, ¡desbravarlos! ¡Ah! ¡Qué tarea!...

Miguel tenía cinco años, pero la intranquilidad que originaban sus maneras libertarias, había preocupado a su madre despertando en ella ese deseo de prematuro encierro preventivo.

-¡No puedo! ¡No puedo! ¡Imposible! Imposible explicar quién fue Carlos V cuando algunos apenas saben escribir su nombre... ¿Lo entiende verdad? Así que hasta dentro de uno, o tal vez dos años... ¡Ahora

bien!... si usted quiere... puedo darle clases particulares...

Y así, desconociendo Miguel cuántos días tenía un año le parecía que su libertad era un bien eterno, que por tiempo indefinido seguiría recibiendo las clases encaramado al peral de la era Quilez o que la acequia de la franja y la carretera abetunada, gomosa en los agostos, seguirían siendo sus pupitres. Tanto él como su hermano menor y su primo Chacho podían estar tranquilos... ¡El triunvirato de los libres no peligraba!... por el momento.

Con sus pisotones alzaba el polvo de la Peñeta haciendo sólidos los rayos de sol. El caramelo era ya una minúscula perla que limó contra los dientes mientras observaba los mundillos flotantes, que en bocanadas, se sucedían a cada salto. ¡De repente!... un guiño más brillante que la luz llamó su atención. En el suelo, algo refulgía. Se quedó inmóvil y cuando sedimentó la última andanada flexionó las rodillas alargando la mano para desenterrar con el dedo la reluciente medialuna. Era... era... ¡Una moneda! ¡Nueva! ¡Limpia! Con un agujero central y en ambas caras un cinco, un cero y luego una C, una t y una s. ¡50 cts.! ¡dos reales!... Las había visto y sabía que eran objeto de trueque en la tienda de Julián. Los planetas polvorientos habían desaparecido. La manita de Miguel apretó la moneda y con ese gesto, un germen de primitiva moral emergió en su cabeza.

-¿Si me la quedo será robar?

La diosa fortuna llenó su cerebro de sentimientos de culpa y se decía...

-¿Debo contárselo a mamá? ¿Cuánto se podrá comprar con ...? ¡Bueno! Se la daré a mamá... -¡Mejor me la guardo!...

Usó la Peñeta gastando músculo y cuando se enfrentó a la lona azul recapacitó otra vez....-¿y si me preguntan que de ande los he sacao?...

Sin las respuestas adecuadas traspasó el dintel sintiendo otra vez el frescor del local repleto de estantes. Las cajas de zapatos se le quedaron mirando...

-¿Qué quieres ahora Miguel? -Preguntó Petra-

Esta vez la tarima no crujió, pero los limones prisioneros en los tarros fueron de nuevo el destino de su mirada.

-¿Se te ha vuelto a desabrochar la alpargata?

-¡No! ¡No! Vengo a comprar... de parte de mi madre...

Ignorando Miguel que las mentiras inocentes son endeblees porque además de flacas no saben defenderse, sintió que se había aventurado sin coartada.

-¿Y qué quiere tu madre Miguel?

-Pues... un... una...

En su cabeza borbotaban las posibilidades... -"Si es de parte de mi madre no pueden ser dulzainas"... -"Si no me llega el dinero se lo pedirán a mamá, y entonces"...

Sus ojos delataban tal griterío mental que la dependienta volvió a preguntar...

-¿Tú dirás Miguel?

Triscó las piernas y sin saber a que resorte mental agradecer la ayuda, se atrevió a decir...

-¡Una caja de cerillas! ¡quiero una caja de cerillas!...

Qué listo se sintió ¡Ja! ¡Una caja de cerillas! Esa opción colmaba sus ansias. Por un lado en casa era normal usar cerillas; en la tienda las vendían, el dinero llegaría y él, siempre había querido ser el primero en raspar esos cabezudos palitos que por arte de magia hacían fuego...

Migueta recogió con la izquierda su tesoro y con la otra ofreció el que ya no le pertenecía. Se quedó inmóvil esperando los cambios pero la regordeta mano de la dependienta, salió del cajón vacía.

-¿Algo más Miguel?

-No. Nada más señora Petra. Y comprendió que el trato había finalizado.

Salió Miguel no del todo feliz percibiendo cuán liviana es la fortuna. Sintióse derrochador por haber dilapidado su capital y además, egoísta, por no haber hecho partícipe de su riqueza al resto de la familia. Comenzó a bajar la Peñeta y sus manos cerradas en arco parecían contener una mariposa. Sentado sobre una piedra medianera las abrió para explorar su posesión ¡Qué nueva estaba su cajita! Sacó un fósforo, lo raspó contra el costado y vio brillar la primera de sus cuarenta cerillas ¡Cuanto despilfarro a la luz del día! No queriendo malgastarla la guardó pero, inexperto en el uso de tan peligrosos instrumentos, lo hizo cuando todavía estaba encendida y las restantes treinta y nueve respondieron al unísono con un ¡buf...! El cartón en llamas saltó por el aire sin detenerse hasta haber penetrado por la ventana ferrosa que olía a cocido y viendo la trayectoria del proyectil notó Miguel alfileres en las mejillas sobre todo cuando escuchó las blasfemias que salían entre los barrotes.

Entonces sus tendones se tensaron descontrolados e intentó huir al galope pero al tercer salto el suelo le fue cada vez más cercano...

Tras el golpe un hilillo de sangre ayudó a deglutir la tierra con espinas. En su cabeza retumbaba...

-¡un día te vas a romper los morros!.. ¡Un día te vas a esmorrar!

Antes de perder el conocimiento pudo dirigir una mirada a sus pies y comprobó que esta vez las cintas de las alpargatas estaban bien anudadas.

## II- SU MADRE

El blasfemo huesudo, con un agujero de lindes marrones en la camisa, sujetaba la nuca de Migueta, con "excesiva" suavidad. El tiro había afectado al tejido y a la piel e hizo exclamar al fusilado...

-¡Me cago en ! ¡Como duele el quemazo! ¡Será...!

Petra, con los mofletes rojos, ululaba, rezaba y repetía lo peligroso que era el suelo de la Peñeta. Julián, esperaba instrucciones rogando entre dientes, que a su mujer no le diera un patatús, porque tras el último, al intentar levantarla, tuvo que estar quince días en cama con lumbago.

-¡Ve a llamar a su madre! ¡No te quedes parao!

Gracias a la disposición de su esposa el buen comerciante siempre hacía de noticiero de las desgracias.

-Pero... ¿Vas o no?... ¡Venga hombre!

Cuando Migueta abrió los ojos, la mano del ofendido seguía siendo su almohada y entre la cara de la sofocada y la del marido vio a su madre.

Pilar procedía de una acomodada familia originaria del pueblo. Doblemente huérfana por culpa de los rojos y de las fiebres puerperales, su hermano ejercía de tutor cuando se opuso a su boda con un "señorito de ciudad" creyéndola fundada en un amor juvenil e irreflexivo. Esta negativa fue yesca para el deseo y como el amor, cuando no mide el futuro es persuasivamente bello, Pilar se encendió casando con

ese "príncipe" que para cortejarla hacía el viaje en tren, siempre de pie, no sólo por cortesía hacia las señoras, sino también, por librar de arrugas sus bien planchados pantalones.

Tras los esponsales, y enemistada con el cabeza de familia se fue a vivir lejos, pero, plasmada la incandescencia del matrimonio en tres hijos y agotada la legítima, no tuvo mas remedio que volver al pueblo mientras su esposo terminaba de labrar un porvenir en la ciudad.

No había cumplido los cuarenta y era algo más alta que Petra, pero como a ella, el exceso de féculas había distendido también los pliegues cutáneos. Ojos castaños, nariz curva y labios perfilados, ninguno de estos rasgos destacaba por una especial belleza. Sin embargo, entre todos, formaban un conjunto armonioso en el que virtudes y defectos se equilibraban para disimular las líneas perennes que el sufrimiento había cincelado en su frente.

Migueta adoraba esos dos montoncitos de piel que cuando sonreían tiraban de la barbilla formando un hoyuelo central, y le hubiera gustado heredarlos, pero habían correspondido a su hermano Manuel. Ahora su madre no sonreía y viéndolo ensangrentado balbució...

-¡Miguel!... ¡Miguel!... ¿estás bien?

El accidentado, que desde el primer momento esperaba una buena tunda, agradeció esa muestra de interés y cuando el telón negro con el que había finalizado la huida desapareció, se levantó con la destreza de un torero.

-¡Si! Bueno... ¡No!... No sé...

Sorprendido por no recibir sino abrazos, besos y parabienes se tragó sin rechistar el sorbo de agua del Carmen que Petra trajo en un vaso tembloroso. Cuando el huesudo fue consciente de que la cogida no había sido tan grave cambió el panorama...

-¡Su hijo doña Pilar! ¡Su hijo es un...!

El pobre no daba con el adjetivo "incendiario" y se conformó con decir

-¡Un quemador!... ¡eso!... ¡un quemador!

Pilar no entendía y prudente le dejó hablar.

-¿Es que ni en casa puede uno estar tranquilo? ¡Mire! ¡Mire usted! gritaba cada vez más acalorado mientras señalaba la condecoración espiral que agujereaba su camisa.

-¡Mire usted! ¡Qué gracia! ¡Y no la puedo apañar! ¡Me cago en la...! No la puedo apañar porque es de...

-"De hilo", dijo Pilar sin dejarle terminar -"Pero... sigo sin comprender..."

Migueta escuchó todas las versiones y aunque estaba seguro de su inocencia, aceptó que la escenificación del agraviado era la que más se acercaba a la verdad, excepto en la pretendida intencionalidad del acto.

-¡Ah! ¡Y si no me cree pregúntele a ese haragán que tiene por hijo...!

Pilar, que siempre cogía el bolso cuando la llamaban de urgencia, lo abrió y sacó cincuenta pesetas. Se las entregó al descamisado y levantando ligeramente la barbilla le increpó...

-"Le ruego que no insulte a mi hijo. No tengo ninguno al que pueda llamársele haragán. Cómprase usted otra camisa y ¡Sinceramente! disculpe las molestias". "Yo, por mi parte, no voy a exigirle ninguna reparación al haber asustado de este modo a mi hijo, haciéndole caer con las consecuencias que a la vista tiene..."

El tendero celebró el razonamiento y el recompensado sintiéndose burlado no salía de su asombro. Sin pensarlo había pasado de afrentado a ofensor. Se imaginó al cabo de la guardia civil haciéndole preguntas sobre "*la necesidad de tan brusca actitud, prima causa desencadenante de lesiones con resultado de sangre, en un menor*"... ; y como sabía que la sangre siempre era más cara que la tela, inclinó la cabeza buscando la boina que no portaba, y haciendo un gesto de desprecio se marchó.

Pilar era doña Pilar, no por su ascendencia, ni por su pretencioso matrimonio, sino por esas elegantes maneras con las que sin gritos y sin estridencias lograba imponer sus argumentos sin opción a réplica.

Miguel vio a su madre ¡grande!, ¡grande!... y quiso abrazarla pero ella no se lo permitió. Petra y su marido se alejaron susurrando y cuando, madre e hijo, llegaron casa se enteró Miguel de que, esas cincuenta pesetas, era todo lo que quedaba para pasar un mes que apenas había comenzado. El crío jamás olvidó el contraste entre la dignidad pública mostrada y la paliza privada que soportó. Sin embargo no le dolieron los golpes, ni la pena de reclusión que sufrió, lo que más le dolió fue el tiempo que pasó hasta encontrar la ocasión de poder abrazar, otra vez, el cuello de su madre para agradecerle que en la Peñeta le hubiera defendido de las iras del huesudo.

### III- LA CASA DE LA CARRETERA

Con la dote de la boda, Carlos, el padre de Miguel, había fundado una empresa, pero tras largas peripecias ésta quebró. Enemistado también con su familia y mientras encontraba un trabajo en la ciudad, no tuvo más remedio que trasladar a su mujer y a sus tres hijos, al pueblo, con su cuñado. El hermano de Pilar, valoró el orgullo tragado y reafirmado en la inconveniente actuación marital de "esa loca enamorada", les cedió una casa donde vivir eso sí, temporalmente. Pero decir "casa" era demasiado... Aunque en efecto ésta tuviera dos plantas a la hermana pródiga y a sus polluelos sólo se les permitía ocupar una habitación sin baño y sin cocina. El cuarto no tenía más de quince metros y en él se comprimían un armario, una cama, una mesa de camilla y una alacena con tres anaqueles donde se guardaban algunos alimentos que, ocasionalmente, eran cocinados en un hornillo eléctrico. En invierno, un brasero calentaba a intervalos, porque, cuando hacía tufo, era preciso abrir la única comunicación con el exterior y el frío obligaba a sellar de nuevo el recinto iniciándose un "cierra, abre, cierra, abre" necesario para no morir asfixiado o por congelación. En verano, la ventana, siempre estaba abierta. Una tela blanca semitransparente, que el viento hinchaba como una vela, impedía la entrada directa de los rayos de sol. Por la noche, cuando refrescaba, servía de falsa mosquitera pero a Miguel le gustaba retirarla para observar el obcecado pulular de las polillas alrededor de una farola, que justo a ese nivel, pendía adosada de

la fachada. La carretera general, la única asfaltada, discurría a los pies de esa ventana y agradecían que el paso de algún automóvil suspendiera el monótono chirriar de los grillos. Los críos, con el sueño consumido por el sesteo estival, competían a adivinar la marca de los ruidos motorizados antes de que pudieran verlos.

-¡Un seiscientos! ¡Éste es un seiscientos!

-¡No! ¡Un ochocientos! ¡Seguro! ¡Es un ochocientos...! Y encaramados al alféizar discutían cuando el sonido sordo se perdía en dos puntos rojos sobre la línea negra.

-¡Lo ves!... ¡era un ochocientos! ¡Te gano una a cero!

Entonces su madre les recriminaba y volvían a acostarse esperando un nuevo runrún con el que desempatar. Manuel, el más pequeño, no jugaba. Ni el calor ni la luz indirecta que desde la farola invadía el cuarto turbaban su sueño; sin embargo, su descanso transmitía intranquilidad. Aún se orinaba en la cama y a su madre no le parecía normal pero don Daniel, el médico, decía que eso no tenía importancia. Si alguien necesitaba evacuar, cosa imperdonable porque había que acostarse "vacío" debían salir del cuarto hasta un retrete situado en la misma planta. Esta maniobra exigía siempre la compañía de la madre, pues en la habitación contigua, dormía una tía abuela que no regía, y según fuera su capricho, le daba por lanzar tochos o por perseguirles gritando...

-¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ratones de mala paridera!

Durante el verano, tanto Miguel como sus hermanos podían soportar esas apreturas. En realidad, la pieza

servía sólo para pernoctar, pero en invierno, cuando la nieve bloqueaba el portal, esos metros cuadrados no podían ser a la vez, cantina del oeste, selva con cabañas o campo de fútbol; y tras el juego, venía el ruido. Un balón suelto, un vaso roto y después los gritos de la madre. Luego se hacía el silencio, pero pronto, renacían el espadachín, el vaquero o el delantero centro y comenzaba un nuevo ciclo que sólo se cortaba con la llegada del "ama", el día que podía acudir, para llevárselos a su casa.

El "ama" no tenía parentesco genético con Pilar, pero ambas estaban unidas por un vínculo lechal (más que carnal) Pilar tenía días cuando murió su madre y fue necesario contratar una "amamantadora a sueldo"; oficio que se le llamaba entonces "hacer de ama". La recién nacida succionó el pecho derecho y Dolores, la verdadera causante del despeño lácteo, chupó el izquierdo, por eso ahora, y a falta de abuela materna y paterna, Miguel llamaba al "ama" "yaya Josefina"

La escasa ayuda que Pilar recibía de su familia no los hubiera sacado adelante sin la atención que esta mujer, nervuda y esculpida en acero, les prestó continuamente.

Moldeada en los tiempos del hambre, el ama, fue casada todavía adolescente con "el Chalán", y como ella misma contaba, nunca olvidó que para conocerlo tuvo que dejar de saltar a la "comba". Su padre no le pidió opinión, sólo le hizo partícipe de la noticia tres días antes de esa boda, imprescindible para unir las

dos casas con sus campos. A ella le gustaba otro mozo y, cuando desesperada buscó consuelo entre las enaguas de su madre, tres palabras le indicaron los deberes de una buena esposa...

-¡Callar! ¡Trabajar! y ¡Ceder!

Callar porque las mujeres no hablan si no se les pregunta. Trabajar para poder comer y ceder a los apetitos de su hombre... porque así mandaba Dios los hijos.

Al principio, pensó que ceder a los apetitos de su dueño consistía en hacerle buenas comidas pero pronto apreció cuán equivocada estaba. Tuvo seis hijos, cuatro varones y dos mujeres; pero la muerte sólo respetó a Dolores, la que compartió el pecho con Pilar y que para Migueta era tía Dolores. Para la abuela, el "ama" el sufrimiento sobre las cunas y los tañidos a "mortijuelo" estaban ya olvidados. Ahora, agradecía al Cielo el don de poder conocer a todos los hijos que su Dolores había concebido, y que eran, Dolorcitas, Antonia e Ignacio, alias "Chacho", el varón predestinado a continuar la explotación de los campos familiares. En la casa del "ama", en casa de la abuela Chalana, Migueta era dichoso, y deseaba que no acabara nunca el día, ya que todas las noches, como un preso en libertad condicional, tenía que volver al "calabozo" de la casa de la carretera.

#### IV-LA CASA DE CHALÁN

Lejos del centro del pueblo construyó Chalán su casa. Lo de Chalán le venía por su abuelo que, dedicado a la venta de machos, ejerció ese oficio con honradez muriendo por eso pobre. Migueta había oído comentar las privaciones que el Chalán tuvo que sufrir hasta poder comprar el terreno lindante a la era de Eloy. Cada palmo de tierra destilaba sangre de juventud y no sólo masculina, también la abuela tirando del arado aportó la suya hasta poder trocar el sudor del pañuelo en gratas espigas que, cuando sobraron, sirvieron para pagar la señal de lo que iba a ser el germen de su heredad.

Con la sencillez de los hombres sabios, con la serenidad del que cree en el triunfo, esbozó el desarrollo futuro de su hacienda comenzando por la base y dejando los adornos para el final. Y por no tener prisas levantó primero un establo donde convivieron tres años con un escuálido rumiante que se secó de tanto ser ordeñado. Después cercó el corral y aunque los pollos tardaron en aparecer ya había calculado el grano que iba a necesitar para alimentarlos. Más tarde, y gracias a tres magníficas cosechas, la planta baja comenzó a tomar forma. Se mudaron a ella y el espacio que dejaron libre se llenó, año tras año, con un nuevo animal. Al sótano le salió otra planta y a ésta un desván donde secar los higos. Al corral le crecieron tapias y a las tapias una puerta para meter un carro ayuntado por un nuevo asno y, como el bicho precisó un techado, tuvo pronto una cuadra que se cerró con otro portalón, sobre el que por

fin, colgó un cartel que decía... "VIVA CASA CHALAN". Estas tres palabras fueron el pináculo de su catedral. Significaban para el viejo, aunque apenas supiera leerlas, la expresión de hasta dónde podía llegar un hombre honrado habiendo partido de la nada. Pero el paso de los años le había robado algo más que la juventud. El hermoso jayán que colgaba en el daguerrotipo del comedor en nada se parecía al anciano que Migueta conocía, y ahora, "el joven", el marido de su única hija Dolores, sostenía con sus músculos el "imperio" aunque la regencia siguiera perteneciendo al patriarca.

Para Migueta aquella casa era el contrapunto de su encierro nocturno. La existencia de múltiples recovecos donde esconderse, donde imaginar aventuras, los saledizos poblados de gatos a los que abatir en sus safaris y los tejaroques en los que escabullirse fueron el medio ambiente natural en el que ejerció sus primeras habilidades y miedos.

Los tiempos de hambruna habían pasado pero las costumbres dietéticas seguían siendo las mismas y sus ancestros no veían mal que los críos merendaran pan con vino y azúcar. Como el primero, por ser de hogaza, se dejaba empapar generosamente y el segundo, por ser añejo, gozaba de respetable graduación, la chiquillería advertía que el estimulante alimento anulaba el frío y animaba el valor para realizar gestas imposibles de hacer cuando tocaba merendar pan con aceite y sal... Por eso, ante la pregunta -"¿qué queréis para merendar? nadie pedía galletas o mermelada, todos respondían al unísono, ¡Pan con vino! ¡Pan con vino! y cuando el manjar

aparecía la celebración duraba hasta entrada la noche haciendo estériles los gritos afónicos de Pilar porque, escondidos, nadie deseaba terminar aquella jornada.

A Migueta y a sus hermanos les hubiera gustado dormir en casa de Chalán pero según Pilar "ya era bastante la carga de venir por el día como para"...

Nunca entendió esas razones. ¡Camas había! y si no querían ocuparlas ¡daba igual!, prefería dormir en el establo... A Miguel el intenso olor a urea no le molestaba. Aunque admitiera que cuando abría la puerta tenía que acostumbrar la nariz, el espectáculo de esas cascarriosas ancas con su cadencioso oscilar de rabos, merecía la pena. Se quedaba hipnotizado mirando las fasciculaciones de las grupas cuando espantaban las moscas y se maravillaba con el deyectar de los anos rosados, que tras vaciarse, se cerraban haciendo muecas burlonas. Le divertía atraer a su prima Lolita hasta los inesperados chorros de vaporosa orina que, como grifones, rebotaban contra el suelo salpicándola antes de que pudiera apartarse, luego, cuando la niña salía llorando, se ocultaba en el pesebre y en su interior sentía el caluroso aliento de los incansables belfos y la mirada exoftálmica de los animales simulando asombro ante su presencia. Lo único que precisaba era su sombrero de paja anudado sobre la cara, para evitar que se le pudiera "cagar alguna mosca" .Allí se abandonaba al sueño y aunque siempre lo hacía lejos de las prensiles lenguas de sus compañeras de siesta, un desgraciado día despertó sólo con la cinta alrededor de la cabeza. Nunca contó

a su madre cómo había perdido el sombrero, él tampoco lo sabía exactamente pero calculó que, por proximidad, sólo dos podían ser las culpables. Como su capacete estaba trenzado en paja roya vigiló el color de las boñigas de ambas pero no encontrando diferencias en los excrementos decidió perdonar a las presuntas culpables. Este accidente no le privó de su particular lecho, únicamente sustituyó el sombrero por un pañuelo y así, mirando las traviesas con telarañas, siguió holgando sabedor de que nadie descubriría su escondite.

Un día, estando en sus meditaciones, se abrió repentinamente la puerta. Incorporado sobre la paja quiso saber quién turbaba su descanso. Era Ferrán, "el pupas", un hombrecillo de mediana edad que siempre estaba en el tinajar acicalando los aperos de la siega. Aunque en alguna ocasión ordeñaba las vacas era pronto para esa tarea. Ferrán debía su mote a las postillas que adornaban su piel y que nunca desaparecían, pues cuando una curaba otra comenzaba a supurar. Bajito, de cara parva y hablar beocio, vestía pantalones de pana tan gastada que en la culera parecían de terciopelo negro. Los apretaba formando frunces con un cinturón que casi le daba dos vueltas y los mantenía tan altos que sin ser cortos le dejaban al aire las canillas..."Voy así pa no coger la mierda" decía, y por la misma razón calzaba abarcas..."Que al ser de goma no agarran las cagadas". Este intruso era el único que imponía horario a su reposo pues, cuando removía el pesebre para dar de comer a las vacas, le obligaba a estar fuera, si no quería ser "punchado" con

la forca; pero... tampoco era la hora de dar la comida a los animales.

Tapado por algunas juncias que no habían sido separadas del heno Migueta se quedó como un gato antes del salto cazador. Ferrán cruzó el postillón, giró el interruptor de porcelana y una escuálida bombilla iluminó el recinto. ¿Qué buscará Ferrán a estas horas? El pupas recorría el establo de extremo a extremo como esperando que algo sucediera. Los ojos de Miguel le seguían en un movimiento horizontal y, por fin, el viejo detuvo su paseo. Se colocó tras el rabo erecto que acababa de permitir la salida de orina y asiendo un taburete lo acercó a la recién vaciada. Desde su escondite Miguel sólo podía verle la cara. El pupas era feo pero, ahora, una sonrisa de dientes negros le hacía parecer, además de feo, un asqueroso monstruo. La vaca engullía impasible y Ferrán cada vez estaba más sofocado. La saliva le resbalaba por sus labios ronzantes llegándole hasta la barbilla y algo debió pasarle porque, tras un gemido, se quedó desmayado sobre el lomo del animal. El crío iba a delatarse para pedir auxilio pero antes de hacerlo "el muerto" se incorporó, bajó del taburete, apagó la luz y salió dejando la puerta entreabierta...

¿A qué habrá venido Ferrán si aún no es hora de ordeñar las vacas?

## V- LA COMUNIÓN

En la casa de la carretera y sin que Miguel supiera la razón el ambiente se había hecho melifluo. Los castigos ya no eran setenas y Pilar, abandonando sus lastimeros soliloquios, no dejaba de medir una y otra vez la longitud de los brazos de Antonio. Migueta veía a su madre susurrar melodías con alfileres en los labios y no la recordaba tan feliz desde hacía tiempo. Una palabra de significado ignorado se repetía cascabeleante... ¡el Corpus! ¡Para el Corpus!... El vocablo le hizo tanta gracia que lo incorporó a su repertorio y cuando se peleaba con Chacho le espetaba... ¡a que te doy un Corpus! o ¡lárgate chaval que me estás haciendo el Corpus! Pronto se desveló el secreto. Pilar le explicó el significado de la Primera Comunión y le apuntó que ese año iban a recibirla su hermano mayor y su prima Dolorcitas.

Este hecho suponía para el futuro comulgante largas horas de catequesis. La imperiosa necesidad de saber si era cristiano por la gracia de Dios le privaba de las escapadas vespertinas a la era de Eloy y cuando los miembros de la pandilla notaban su ausencia, preguntaban.

-¡Eh Migueta! ¿dónde está Antonio?

-¡En el Corpus con mi madre! Respondía... y todos, sin darle más importancia seguían con la rutina de sus juegos mientras Antonio consumía su tiempo repitiendo... -¡Soy cristiano por la gracia de Dios! ¡Sí!, ¡un solo Dios verdadero!... ¡Mundo demonio y carne!...

Cuando Miguela volvía a casa miraba de soslayo a su hermano y no podía aguantar una sonrisa maliciosa al verle apuntillar con vehemencia... -¡Pade, Hijo y Espíritu Santo!

Tanta era la aplicación y tantos los esfuerzos derrochados que se alegró de suponer lejano el día de su Corpus, pero cuando vio colgando la chaqueta azul con los enjambres de hilos dorados en las hombreras cambió de opinión ¡Qué bonita era! Los botones ancorados brillando contra el paño le indujeron a preguntar cuándo sería su turno de comulgar y Pilar, sonriendo, le contestó que cuando se supiera todo el catecismo. Entonces cundió el desaliento, ni las charreteras, ni el nacarado misal, ni los guantes blancos, ni tan siquiera el rosario de oro podían competir contra el grueso libreto que debía aprender. Por ahora se conformaba con ser espectador y acordó en su interior que ¡Tiempo habría de aprender lo que la Madre Iglesia demandaba a sus comulgantes!

Dos días antes del sexagésimo desde el Domingo de Pascua iba a llegar su padre. Miguel se alegró porque sólo podía abrazarle una vez al mes y ahora su madre les había comentado que, tal vez, estaría con ellos toda la semana. Fueron a recibirle a la estación y como de costumbre el tren llegaba con retraso. Aunque el mediodía era agradable tras una hora de espera, Pilar optó por volver a la casa (al cuarto) pero cuando habían caminado cincuenta metros un silbido anunció que la orgullosa locomotora, aunque tarde, alardeaba de haber podido llegar. Apresuraron el paso y consiguieron acceder al

andén cuando era inundado de vapor entre el chirriar de los frenos. Disuelta la neblina comenzaron a bajar los pasajeros y vieron a Carlos con su sombrero elegante y Miguel, impulsivo, se adelantó a los demás para levantar la mirada frente a la hebilla del cinturón de su padre. Carlos, sin aspavientos, lo tomó en sus brazos y luego lo depositó en el suelo mientras comentaba con cierta artificialidad. -¡Cómo pesas chaval! ¡Te estás haciendo un hombre! El crío no advirtió que con sus pies había mancillado la raya del pantalón preservada tras largas horas de bipedestación, ni tampoco se dio cuenta, que tras su efusivo abrazo, la corbata del caballero había quedado descentrada. Mientras Carlos colocaba el nudo en su sitio saludó a su mujer ofreciéndole la mejilla y lo hizo con la misma actitud que emplean los obispos cuando exponen su anillo a los feligreses. Hacía tiempo que no se veían y tan escasa efusividad extrañó a Migueta. Sintió como si todo el amor que su corazoncito había retenido se hubiera coagulado antes de ser desparramado, pero fue un sentimiento pasajero que desapareció ante la presencia del hombre que tanto admiraba. A sus hermanos únicamente les alisó el pelo. Manuel, sin hablar, se lo quedó mirando con una expresión dulce y Antonio con las piernas en compás y las manos en la espalda adoptó la postura del que está obligado a rendir cuentas, pues por algo era "el hombrecito de la casa"

-¿Antonio?

-¿Sí padre?

-¿Alguna novedad?

-¡No padre!

-¿Te sabes todo el catecismo?  
-¡Si padre!  
-¡En casa lo veremos!... sonó esta advertencia a velada amenaza.  
-¡Ahora vamos!... que es muy tarde.

Migueta seguía el largo paso de sus padres y le complacía la elegancia que destilaba ese hombre al descubrirse frente a las mujeres, fuesen o no, conocidas. Era mediodía y aunque caminaban por la calle Mayor pocas personas se cruzaron a su paso, aun así, los galantes gestos de Carlos no dejaban de extrañar a las damas, que poco acostumbradas a ese tipo de exquisiteces estallaban en risitas tras ser reverenciadas. El crío no sabía si lo hacían en son de burla o si era el gustillo que les producía un trato tan extranjero el causante de sus sofoquillos...

Para el sexo masculino, Carlos era un señor, siempre que no hubiera demasiado vino en la barra y poco de qué hablar, porque entonces, el señor se convertía en "señorito de ciudad sin lugar donde caerse muerto" y a medida que se acumulaba el caldo añadían, que por derrochador, tenía que aposentar a la familia bajo el manto caritativo de su cuñado... Pero en el fondo, esos hombres zafios, que escondían sus duros en las falsas baldosas, envidiaban la elegancia del padre de Miguel. Sabían que esas formas no se podían comprar y les dolía sobremanera que unos gestos tuvieran más potencia que todas sus escondidas fortunas. Ese caballero sin dinero parecía echarles en cara la vacuidad de sus mediocres vidas colmadas de rutina,

que sólo adquirirían sentido a base de acumular inútiles fanegas de tierra.

Esa noche fue especial, no sólo por la presencia del cabeza de familia, sino porque a modo de acampada y a los pies de la cama su madre les habilitó unas colchas para dormir. Un olor especial que jamás olvidaría le iba a acompañar en sus sueños. Era una experiencia olfativa desconocida que el tiempo moderno había de hacer habitual, era el olor a plástico. Unos cubos con sus palas y rastrillos fueron el regalo primicia que su padre les había traído de la capital. Migueta se acostó abrazado a su cubo y calculó la arena que podría transportar y el tamaño de los castillos que iba a construir. Sólo se lo dejaría a Chacho y tal vez a Dolorcitas, pero a nadie más, ningún esclavo de la escuela, ningún catequista domado jugaría con él. Luego lo imaginó usado y creyó que si lo manchaba perdería ese aroma tan raro... aunque si lo lavaba... en la fuente... que estaaaba... Y se quedó dormido.

Por fin llegó el día señalado y el refranero obediente cumplió con la sentencia. El día fue soleado. Muy de mañana (y para no estorbar), Migueta y su hermano Manuel fueron a casa de Chalán. Antonio se quedó en la de la carretera para uniformarse y dar un último repaso al ritual eclesiástico. Cuando llegaron vieron a su prima Dolorcitas deambulando inquieta alrededor de un vestido blanco, que colgado de una lámpara, parecía una novia ahorcada. Todo eran prisas, todo eran

pellizcos y para no llevarse alguno bajaron a la calle haciendo la espera menos larga jugando con los cubos y las palas. Comenzaban a aburrirse cuando llegó su hermano vestido ya de almirante. Antonio con la desacostumbrada corbata, los zapatos de charol y una seriedad obligada parecía "un mayor". Tras él, su padre como siempre elegante y luego su madre... ¡Qué hermosa estaba! Ese gesto de dolor que acompañaba a los atardeceres solitarios había desaparecido, una mantilla negra cubría su pelo rubio y el hoyuelo de la barbilla estaba de nuevo presente.

Avanzó la comitiva y los vecinos, asomados a las ventanas, comentaban a su paso...

-¡Angelicos! ¡Que majos y que mudaos van! ¡Pues anda que doña Pilar!

Migueta desfilaba marcialmente. Con su cubo y su pala, con las uñas negras y las manos embarradas, tuvo la impresión de no encajar dentro del repulido conjunto. Lo mismo pensó de Manuel, que con su tirante cruzado sostenía el pantalón de todos los días, otra vez mojado... Pero Miguel desterró los temores. Aunque no se viera tan limpio como Antonio sentía la felicidad de ser admirado, porque ese día, ese día, él y toda la familia eran los más importantes del pueblo.

Cuando habían caminado un corto trecho, Pilar se volvió hacia los disonantes galopines y recordando no haberles comentado nada dijo...

-¡No, Miguel!... vosotros os quedáis... ¡vosotros con la abuela!...

Entonces Migueta asumió que sus temores no eran infundados. Hicieron falta varias advertencias para que los críos dejaran de seguir a la comitiva. El

mundo de Migueta se desarmó e inmóvil, junto a su hermano, lo único que supo hacer fue llorar. Sólo llorar porque todavía no sabía cómo decir que quería dejar de ser Miguel, llorar arrastrando algo más que agua y sal, llorar contra todos, incluso contra Antonio que ahora, apretando con fervor el misal, iba a decirle al cura lo bueno que deseaba ser.

Manuel se marchó obediente pero Migueta se sentó en la acera y notó que el aire silbaba en sus pulmones. ¡No! no había consuelo que pudiera atenuar su decepción.

El cortejo se alejó. Las ventanas curiosas se iban cerrando y cada postigo ruidoso incrementaba la sensación de soledad y abandono. Su pequeña alma generó entre mojados estridores sentimientos de odio antes desconocidos, y si hubiera podido hubiera apedreado a los que, pasando a su lado, sólo sabían comentar.

-¡Vaya pita que ha cogido el crío...!, ¡Vaya!, ¡Vaya!...

Su padre retrocedió y, en cuclillas, se dignó a quebrar por un momento la raya del pantalón. Colocándose a su altura intentó darle razones, pero Miguel no podía admitir que hubiera alguna para justificar su ausencia en la comunión... ¿Llevaba las manos sucias?... ¡se las podía lavar! ¿Era por los pantalones manchados? ¡La abuela podría cepillarlos! ¿Por ser pequeño? Prometía no moverse, no bostezar, no sentir cansancio, no meterse el dedo en la nariz, no...

Carlos, irguiéndose, sacó un duro de papel, lo introdujo en el puño apretado de Miguel y con tono derrotado comentó...

-¡Toma! para ti y para Manuel ¡Compraos lo que queráis! Pero Migueta siguió llorando y en su dolor no pudo ver que el hombre también sufría. Carlos incapaz de decirle la verdadera razón por la que excluía a sus hijos menores de la ceremonia había comprado la tranquilidad y creyéndola bien pagada se alejó apresurando el paso para reincorporarse al séquito.

Cuando la calle quedó desierta, cuando todas las voces se ausentaron Miguel seguía llorando. Fue a la tienda de Petra, gastó todo el dinero en bolitas anisadas y con los bolsillos llenos volvió a casa de Chalán. En su deseo de empezar a ser malo no le dio ninguna a Manuel, se las comió todas, y luego, en la cocina, mientras la abuela andaba con las perolas, él siguió entre "pucheros" y estuvo así toda la tarde hasta que por la noche, agotado, se quedó dormido soñando que todavía lloraba. Desde aquel día no le gustó el olor a plástico. Ahora también a él le parecían ridículos los gestos de su padre e hicieron falta meses para que sintiera de nuevo el espontáneo impulso de abrazar a su madre. Migueta no entendió lo sucedido, nadie le había explicado la verdad. Pensó que no era querido, que su existencia infundía vergüenza y sin hacer reproches dejó de preguntar. Aislado en el autodesprecio iba perdiendo la calidad de niño. Su ingenuidad se convertía en molesta prudencia y sus gestos medidos expresaban la resignación con la que soportaba la necesidad de cumplir algunos años antes de que fuera echado de esa casa. Sintió prestada la escasa ropa que estrenaba y esperaba que algún día le

dijeran que tenía que pagar la comida. Quiso encontrar muchas monedas perforadas para poder saldar sus deudas y estaba seguro de que si aún no había sido repudiado era por "inservible", por ser demasiado pequeño para trabajar. Pilar observó estos cambios y preocupada se encaró un día con el niño para, mezclando amor con tacto, agitar el deseo que el crío tenía de ser preguntado. Logró por fin llegar al origen de la tristeza y le comentó que la imposibilidad de mostrarlo convenientemente arreglado había sido la única causa de su exclusión. Entonces Migueta preguntó quién era el que mandaba ir a todos tan arreglados y su madre le respondió que las costumbres, que los invitados, que el cura... Vertió, entonces Miguel, todos los restos de rencor y no pudiendo localizar a las costumbres ni a los invitados, el reparto enteró fue para el cura porque a ese, a ese, ¡sí lo conocía!... En voz alta y con rabia comentó, que él, comulgaría con las manos llenas de barro, con su cubo y con su pala y que si al "mosén" no le parecía bien le diría que prefería ser moro en lugar de cristiano.

## VI- LAS CHARCAS

Aunque sólo Migueta su hermano Manuel y su primo Chacho constituían el terceto de los analfabetos, siempre había algún pirandón que prefería el amor de las charcas a los rayados pupitres. Uno de estos socios ocasionales tenía el apodo de Sietemachos. Sietemachos era un niño royo y pecoso que sin aparentar una constitución especial hacía alarde de una fuerza poco común para sus nueve años. Más de una vez había puesto en fuga a mocitos ya hechos y por eso la pandilla de los mayores le tenía cierto respeto. Migueta y Chacho celebraban esa popularidad y les gustaba tenerlo a su lado cuando partían en busca de aventuras, porque así, se sentían protegidos. La mayor hazaña de Sietamachos, origen del curioso sobrenombre, había sido lograr, que el tozudo mulo con el que compartía casa, entrara en la cuadra un día de obstinada negación. Aunque la empresa fue importante, nadie valoró la colaboración voluntaria que prestó el terco animal, ya que, mientras Sietemachos tiraba del ronzal, su padre, el señor Julián, ayudaba desde atrás con una vara de avellano. Sea como fuere el bicho entró y ahora, con su bien ganada fama, al trío de los “aletrados” le agradó que el pequeño Sansón decidiera acompañarles a pescar ranas... ¿A pescar o a cazar? No era fácil definir la actividad porque dadas las artes que empleaban podía ser considerada como arte cinegético o de pesca. A una caña, no excesivamente larga, se ataba un cordel de cuyo extremo pendía un anzuelo que se encarnaba con un insecto (generalmente moscas).

Pero el reclamo, y esto era lo que engendraba las dudas para filiar el deporte, no se introducía en el agua. Sustentado sobre la ladera empinada de la charca esperaba oscilando que algún batracio voraz quedara prendido por la lengua.

Sietemachos sabía que si, de vuelta a casa, llevaba dos o tres bolsas repletas de ancas el interrogatorio sobre sus actividades extraescolares o la reprimenda por haberse acercado a las peligrosas pantaneras, no existiría. La técnica no era compleja. Se precisaba silencio y cuidado para no resbalar cayendo a los tarquines que, por su abundancia y profundidad, parecían arenas movedizas. El material sobraba; cañas había suficientes, sedales y anzuelos los habían tomado "prestados", sólo faltaba el cebo y ese día apostaron por las moscas. Para conseguir en abundancia la especie preferida, esas gordas de brillo verde metálico, hacía falta un plástico y que alguien diera de vientre...

-¡Hoy te toca a ti Migueta! dijo Sietemachos. Pero Miguel ya había vaciado en el corral.

-¡Pues tú Chacho!

-¡Ahora no tengo ganas! respondió el heredero de Chalán.

-¡Pues tú! Manuel.

Manuel, panzudo y con las piernas siempre heridas parecía desmedrado porque tenía la cabeza más grande que el resto de los niños. A sus cuatro años aún no articulaba palabra pero don Daniel, el médico, decía que, al igual que lo de los orines, no tenía importancia. Manuel tenía el hoyuelo de su madre y

unos ojos negros muy grandes. Migueta pensaba que eran tan grandes porque, a fuerza de no hablar, tenía que usarlos más, y eso parecía, porque sólo miraba, asentía o negaba moviendo la cabeza, pero siempre mudo, sólo miraba. Incluso cuando el resto de los niños, en un alarde de crueldad, se burlaban de él llamándole meón, no les respondía. Con la mirada herida cerraba los párpados entristecido y luego los habría dibujando un brillo de desprecio.

-¡Venga chaval, que te toca a ti!

Manuel desabrochó el tirante que, en bandolera, sujetaba sus pantalones y una vez bajos, sin esfuerzo, depositó sobre la tierra excesivo reclamo para atraer a los dípteros.

-¡Joder que cagada! ¡Tienes un hermano que es un animal! gritó Sietemachos.

-¿Pero de ande lo has sacao? Añadió Chacho  
Manuel sonreía.

-¡Tío que zurullo! ¡Si sólo con un cacho tenemos pa cazar toda la charca!

Manuel satisfecho de poder colaborar en la delicada empresa se limpió con una piedra y luego aseguró sus pantalones.

-¡Venga a la faena! sentenció Antonio.

Seleccionaron la cantidad que creyeron oportuna y colocándola dentro de un plástico lo dividieron en dos volúmenes, a modo de reloj de arena, para retener a las golosas que, una vez dentro, sólo salían para ser

traspasadas por el anzuelo. Colocaron las cañas y Migueta se preguntó qué debía sentir el pobre insecto cuando viera venir la pegajosa lengua de la rana, pero también pensó en el chasco que sufriría la zancuda cuando, relamiendo la presa, se viera volar fuera de la charca...

Tras acumular sesenta y dos batracios, Sietemachos, que para eso había estudiado, explicó que suponían ya ciento veinte patas comestibles. Migueta comentó su aburrimiento y además opinó que era mejor no llevar tantas, no fuera que se empacharan y no les dejaran volver en mucho tiempo a las charcas. Pero Sietemachos, sabedor de que las recriminaciones eran inversamente proporcionales al número de ancas que llevaba, comentó...

-¡Espera joder! ¡Que en mi casa somos muchos! Si te aburres lo que puedes hacer es "quebralas".

-¿Yo? ¡Yo no! gritó Miguel.

-¡Yo menos! añadió Chacho...

-¡Cagaos! ¡Que sois unos cagaos! reprochó el niño forzado ¡Pero si hasta Manuel se atreve! ¿Verdad Manuel? ¡Trae una cagondiez!

Y metiendo la mano en el pocillo donde las piezas aguardaban su fatal destino, cogió una, miró a los pusilánimes y le descoyuntó una pata. Un sonido parecido al que hacía Lolita cuando se apretaba los nudillos les serró los dientes.

-¡Yo me voy! dijo Migueta.

-Y yo, añadió Chacho.

-¡Cagaos más que cagaos!... ¡Anda veros!... ¡Casca una Manuel!

Manuel nunca había "quebrao" ranas pero la alianza con el fuerte le agradaba. Cogió una, dudó, miró a su hermano y otro crujido adornó la escena.

-¡Ey tus cojones chaval!

Encantado por el piropo tomó otra y otra y otra y repitió la operación arrojándolas al suelo donde los animales, con la intención viva pero los medios bloqueados, zaqueaban unos centímetros quedando luego inmóviles como intentando buscar una explicación a su desgracia.  
Para Migueta era suficiente.

-¡No aguanto más! A mi me gusta cazalas pero no romperlas ¡Vámonos Chacho! ¡Y tú también Manuel!  
¡Que es tarde!

Chacho siguió a Migueta pero Manuel se quedó con Sietemachos.

-¡Maricones!... ¡maricones! O sea, que pa sacalas ¡sí! pero pa quebralas ¡no! ¡Eh! ¡maricones, más que maricones!

Para no escuchar los insultos y ante la imposibilidad de hacérselos tragar al "Maciste", se alejaron saltando bardales. Cuando estaban lejos Migueta advirtió que su hermano no les seguía.

-Oye ¿qué es un maricón? preguntó Miguel.  
-No sé, -respondió Chacho- Algo así como cobarde, me parece...  
-¡Ah! Si es eso ¡Vale! Yo no soy cobarde.  
-Ni yo, ni yo...  
-¿A ti te importa que te llamen maricón?  
-¡No! ¿Y a ti?  
-¡Que va! Lo que pasa es que quebrar las patas a las ranas me da ... ¡No sé! Como asco...  
-Y a mí, a mí... respondió Chacho sin detenerse.  
-Oye Chacho ¿tú crees que a las ranas les duele cuando les rompen las patas?  
-¡Hombre! doler, doler. Lo que se dice doler ¡Gritar no gritan...!  
-¿Igual es que no tienen lengua...?  
-¿Que no tienen lengua? ¿Y de ande crees que las enganchas?  
-¡Ya ! Pero quiero decir que no saben explicarse...  
-¡Pues que aprendan! Por ejemplo al macho, al macho, le arreas y seguro que le duele porque te lanza una coza... El macho seguro que siente, pero las ranas, las ranas... ¡qué sé yo!... ¡Y que más da! lo que a mi no me gusta es el ruido que hacen los huesos cuando se parten...  
-Ni a mí, ni a mí... por eso debemos ser maricones...  
-¡Ya! ¡Bueno...! ¡Pues somos maricones! Y qué. ¡Vamos pa casa!... ¡Total!

La tarde otoñal se hizo noche con rapidez. Las bombillas, con sus sombreros chinos, bailaban alargando las sombras y en la solitaria calle, las

salamandras sobre las fachadas, parecían pequeños dragones. Apetecía el chisporroteo de los leños en el fogaril donde, niños adultos y viejos, buscaban entre las brasas algún perdido sueño. Las mágicas llamas paraban el tiempo y el letargo compartido sólo se rompía cuando alguien removía el puchero donde se cocían las pulidas patatas que servían de pastura para los cerdos.

-¡Abuelo Chalán! ¿Puedo coger otra?

La ausencia de respuesta era afirmación y Migueta se acercaba a la negra marmita, donde podría ser cocido entero sin dificultad, para sacar una, dos, a lo sumo tres, porque el agua hirviendo no permitía tener mucho rato la mano dentro. Si hubiera sido posible las hubiera cogido ¡todas de una vez! y las hubiera engullido de dos en dos, incluso a palo seco, con piel y todo...

Mientras masticaba apoyaba las manos en las rodillas e, imitando al resto, se quedaba también absorto hablando con las ascuas. Cuando la boca estaba vacía, volvía los ojos hacia el abuelo y, como éste no variaba la expresión, hacía otra expedición hasta los tubérculos de piel fina y sin callos.

Y así de feliz estaba el crío en sus pensamientos cuando la voz de su madre le increpó.

-¡Miguel, nos vamos a casa! ¿Dónde está Manuel?

-No sé, supongo que en la era...

-¡Ve a buscarlo! es tarde y tenemos que cenar.

-¡Mamá! ¡Ya vendrá! Además, ya estoy cenando...

A Miguel obedecer no le costaba trabajo pero esas acogedoras brasas y el sabor en el paladar de su bocado favorito anularon momentáneamente su diligencia. Cuando su madre, en actitud poco pacífica, se le fue acercando un resorte le hizo asentir...

-¡Vale! vale... ¡ya voy! ¡pero siempre tengo que ir yo...!

La era de Eloy no estaba lejos pero el frío y el recuerdo del bienestar anterior alargaban las distancias. La sombra de Miguel danzó hasta el final de la calle y cuando la penumbra se hizo oscuridad desapareció entre los matojos. La luna alumbraba intermitente entre las inquietas nubes, pero Miguel no necesitaba luz, conocía cada espuela, cada arbusto, cada árbol de esa era donde crecía su peral favorito.

-¡Manuel! ¡Manuel! ¡Sietemachos!

El silbido del viento fue la única respuesta.

-¡Manuel! ¡Sietemachos!

La arena en remolinos caracoleó nerviosa.

-¡Manuel...! ¡Cagondiez! ¡Siempre tengo que venir yo...! ¡Sietemachos!

Empezaba a tener miedo y hablaba en voz alta porque escucharse le hacía compañía...

-La próxima vez ¡no vengo! y Manuel, ya verá... Aunque me castiguen cuento que no me ha obedecido...

A lo lejos, en la carretera, unos faros amarillos corrían delante de la sombra que los proyectaba. En la distancia lo hacían silenciosamente y cuando el destello desapareció el horizonte se volvió otra vez negro.

-¡Era una DKW! ¡Seguro!. –Se dijo.

-¡Manuel! ¡Sietemachos!

El calor en la piel y el gustillo a patata eran sólo un recuerdo. El viento se paró y entonces se ocultó la luna.

-¡Pues hasta las charcas no voy! además, con la noche que hace seguro que no están allí.

Volvió a la casa, subió hasta el fogaril y antes de que pudiera meter otra vez la mano en la olla se enfrentó a una pregunta...

-¿Has encontrado a tu hermano?

-No, en la era no estaba...

-¡Ya!... ¿y en las charcas?

Migueta miró a su primo y éste, compungido, le dio a entender que no había resistido el interrogatorio

-¡Si!... Bueno... Esto... pero Chacho y yo nos hemos ido y se ha quedao con Sietemachos.

-¿Con quién? ¿Con siete qué...?

-Con el hijo de Julián, el nieto de Gascón, el que vive al final de los borguiles, apostilló el abuelo sin dejar de mirar la lumbre.

-¡Tranquila mujer! añadió la abuela, no pueden estar lejos, vamos a preguntar, tal vez estén en su casa...

A las doce no habían aparecido. A las dos fueron a buscar al cabo de la guardia civil, a las seis, ya con luz natural, los sacaron del cieno de la charca. Sus manitas moradas estaban llenas de musgo y las uñas de Sietemachos rotas, como si hubiera intentado inútilmente trepar por la empinada pared. Con los ojos cerrados parecían dos estatuillas de cera negra y hubo que limpiarlos para que todos creyeran lo que había pasado.

Del depósito sacaron dos hatillos, uno para cada grupo sollozante. Las zapatillas de Manuel parecían de juguete y Migueta las besó como si fueran aún los piececitos de su hermano. Sentado contra la pared lloró de nuevo, pero esta vez sin sabor anisado, sin la raya quebrada de un pantalón y sin su prima vestida de novia...

Cuando cerraron el tanatorio Migueta no quería marcharse. Tuvieron que sacarlo en brazos mientras pateaba gritando que esta vez no quería dejar solo a Manuel...

## VII- EL ENTIERRO

Esa tarde, y contra su costumbre, el tren llegó puntual. Migueta, Antonio y Pilar esperaban la llegada de Carlos. Ahora la estación estaba silenciosa y, como en una película muda, la máquina no chirrió. El vapor resoplando se unió a los sollozos de una mujer vestida de negro que, con los párpados endrinos y los carrillos macerados, daba la mano a dos niños. Del vagón de tercera descendió un hombre, por primera vez, con los pantalones arrugados. El sombrero dislocado y las cejas arqueadas reflejaban incredulidad, luego, pareció que iba a hacer reproches, pero el dolor de los suyos no se lo permitió. Se abrazaron aislados en su desgracia y no advirtieron que el guardagujas, gorra en mano, también estaba llorando.

En la Iglesia, dos féretros diminutos como capullos abiertos, mostraban sus crisálidas. Manuel, envuelto en dril, emergía entre la tela acartonada como una joya en su estuche. El otro niño, cubierto por un fino manquín amarillo, parecía estar bañado en aceite. Carlos, ante la visión de su hijo, agotó la incredulidad que le mantenía sereno, y se derrumbó. Migueta vio a su padre desleído en el infortunio y sus retinas fijaron tres detalles que jamás había de olvidar. El primero, que aquel ser abatido, no dejara de susurrar... -¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Con lo que cuesta criar un hijo...! El segundo, que tras besar la frente de su hermano acariciara también la del cadáver de Sietemachos. Y el tercero, que cuando se

sentó, al lado de su esposa, comentara... -¡Que frío está!... ¡que frío!

En las bóvedas embutidas de silencio el crujir de los reclinatorios semejaba un estrépito de bombardas. Tanto era el mutismo que, aún sabiéndolo tallado en madera, más de uno hubiera afirmado escuchar la respiración del San Miguel. Las otras figuras parecían haber vuelto sus cabezas; allí David decapitando a Goliat, más cercano, Moisés abrazando las tablas, a la derecha Santa Águeda oferente... todos mirando hacia el altar tras del cual los cofrecitos, ya cerrados, semejaban dos trazos de tiza blanca sobre la alfombra violeta.

Cuando el cura apareció un sordo murmullo, hecho de chasquidos óseos y toses contenidas, acabó con la dolorosa quietud. El mosén, de pie, revestido con sobrepelliz y estola blanca, sostenía el misal abierto en ángulo agudo. De su boca manaban sortilegios latinos que nadie comprendía pero que, con su magia oculta, parecían dar consuelo momentáneo a todos los reunidos.

*-Sit nomen Dómini benedictum ex hoc...*

El ignoto significado de esas palabras las convertía en inmateriales. Ese lenguaje desconocido separaba claramente al pueblo llano del sacerdote y a los dolidos fieles no les importaba, preferían delegar en él para que conectara con Dios.

*-Laúdate, púeri, Dominum: laudáte nomen Domini  
-...súscitans a terra ínopem, et estércore érigens  
paúperem...*

Los asistentes escuchaban esas palabras como una música reconfortante. Nadie deseaba precisar si era un Do, o un Si el que sonaba, simplemente, la escuchaban. De haber conocido su traducción aquellas frases crípticas hubieran perdido fuerza, pero así, en la ignorancia, eran como un clamor trascendente, universal...

Don Simón continuó largo rato con los salmos y nadie sintió cansancio. Los más directamente afectados deseaban que esas preces fueran eternas para seguir creyendo que todo era una pesadilla, que todo era mentira, pero el sacerdote finalizó y, conocedor de su oficio, no lo hizo con un *Réquiem aetérnam*, sino con un *Gloria Patri*...

El hisopo vertió gotitas de agua bendita sobre la madera de los féretros y tras los asperjes, el cura ascendió los escalones del púlpito para situarse entre el cielo y la tierra. Desde allí iba a comenzar el sermón, esta vez inteligible, con el que los parroquianos esperaban lavar sus restos de angustia. El cura, apoyó las manos en la barandilla y tras unos segundos, comentó...

*-Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en Mí,  
aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en Mí  
no morirá para siempre...*

*-Ya sé que os preguntaréis el sentido de esta desgracia... Cuán duro os parece ahora, amadas mías, que el fruto de vuestro vientre se convierta en polvo de la tierra...*

Migueta entendía los vocablos pero aún no comprendía por qué había muerto su hermano. Además esas palabras le hicieron daño. Le parecieron crueles y no quería imaginarse a Manuel como simple polvo. Miró a su madre y a ella debía estar pensando lo mismo porque había comenzado a llorar de nuevo...

*-¿Cómo no dudar de la bondad de Dios cuando os manda esta prueba? De un Dios, que así, ¡de repente! nos muestra la fragilidad de nuestras vidas.. -Pero..., ¡Oh! mis amados en Cristo, todo tiene una respuesta. ¿Os habéis preguntado por qué las campanas han tañido a gloria y no a muerto?... ¿Os habéis preguntado por qué en mi cuello pende una estola blanca y no morada?... Pues en estos signos tan sencillos está la respuesta a vuestro dolor.*

Miguel seguía sin entender y le parecía que el color de un trapo o el sonido de un metal no podían contener la justificación de que Manuel estuviera muerto pero siguió escuchando porque su madre había dejado de llorar.

*-¿Sabéis que ha sucedido? ¿Lo sabéis? Pues... Que sin duda Dios necesitaba nuevos angelillos para su servicio y los ha elegido aquí ¡aquí! en nuestra comunidad...*

El crío se dijo irreflexivamente que podría haberlos escogido uno o dos pueblos más abajo, pero este pensamiento no le pareció bueno y lo apartó rápidamente de su cerebro.

*-¡Sí cristianos míos! ¡Cuántas veces olvidamos que la vida aboca a la muerte y que todos ¡fijaos bien! ¡todos! un día debemos morir...*

Esa construcción mental, ese ardid oratorio, de nada servía al dolido hermano. Sin desearlo recordó que el abuelo Chalán solía decir... "mal de muchos consuelo de..." pero pensar así también le pareció pecado y aunque de buena gana se hubiera marchado siguió quieto en su sitio.

*-Y siendo esto tan cierto, y puesto que el camino tiene siempre este fin ¡yo os pregunto!... ¿Es tan grave que nuestro Señor haya elegido a estos niños para hacerlos santos librándolos de una posible condenaciónnnnnn?*

Como intrusas palomas las "enes" finales revolotearon sobre las cabezas de los asistentes para extinguirse aturdidas tras chocar contra los cristales del rosetón, luego, tras un corto silencio, el párroco insalivó mirando a los padres.

*-¡Ah!, pero eso nosotros no lo entendemos ¿Creéis acaso que no se vuestro dolor? ¡Si! yo también lo he sufrido...*

Migueta creyó que a don Simón se le había muerto un hijo pero recapacitó y pensó que debía referirse a un hermano o a un sobrino porque los curas no podían casarse y tener hijos...

*-Y decidme... ¿De todos los que hemos saboreado esta hiel, cuántos podemos asegurar que en nuestro seno familiar tenemos un Santo? ¡Fijaos bien! ¡Un Santo! que con seguridad esta al lado del Sumo Hacedor intercediendo por nuestros pecados. Una inocencia pura que con Él está sin duda en todas partes... ¡No! nadie como vosotros tiene esa seguridad, esos abogados tan cercanos al corazón del Señor...*

Migueta se sintió más reconfortado. No había meditado que su hermano pudiera ser Santo y que, ahora, desde algún rincón, estuviera viéndolo todo. Instintivamente miró hacia el ábside y luego a su espalda pero no reconoció ni a Manuel ni a Sietemachos, sólo vio caras contritas, velos negros y a Petra llorando al lado de la mujer del alcalde. Detrás, Julian, don Luis, don Daniel y mucha gente desconocida que, con la mirada compasiva parecían decir... ¡Pobretes! ¡Pobretes! ¡Cuánto deben estar sufriendo!

*-Por eso hermanos... Pensando en este consuelo y unidos en la Eucaristía. ¡Oremos al Señor!*

Tan vertiginoso final cogió a todos por sorpresa y el sermón supo a decepción, tal vez, porque ese

"oremosal señor" fue dicho con prisas y tras una irreflexiva mirada al reloj.

Los peldaños de la curva escalerilla devolvieron a don Simón a nivel de los humanos y el sacerdote, tras ordenar sus escasos cabellos, siguió leyendo el grueso misal que volvía a hablarles en lengua desconocida.

El bálsamo, el diaquilón, el ungüento aplicado para reblandecer el tumor doloroso que iba creciendo en los desgarrados padres no había servido de mucho. Ellos, ya sabían su condición de mortales, intuían también la santa actividad de sus hijos; lo que les oprimía, el acero rusiente que don Simón no había sabido apagar, era la injusta razón por la que el destino los había elegido ¡precisamente a ellos! para transgredir la ley natural que ordena a los hijos morir después de los padres.

Terminadas las exequias el pórtico se llenó de susurros. Las arquivoltas, otras veces golpeadas por alegres caramelos de bautizo, estuchaban ahora el roce de los zapatos que apenas podían levantarse para caminar. La mujer del alcalde agitó su pañuelo rosa y el contraste chillón con el negro de sus mitones fue la señal para que se acercara un viejo tílburí. En ese carruaje descubierto, tirado por un caballo tordo, subieron a Manuel y a Sietemachos. Detrás, una fila de sombras cabizbajas lloraba en los puestos de cabeza, luego, las caras sólo iban serias, y desde la mitad hasta el final de la comitiva el silencio se iba aliviando hasta hacerse progresivamente conversación

manifiesta. Con todo, y aunque más de un asistente había lanzado alguna vez maldiciones y juramentos contra los pequeños ladrones, el dolor se hizo contagioso, tal vez, porque aun no siendo de la familia, es difícil no estar triste en el entierro de unos niños.

Ya en el cementerio y antes de que sellaran las yacijas, Miguel apreció que los huecos eran desproporcionadamente grandes. Pensó que con uno hubiera sido suficiente para los dos y que, si los hubieran puesto juntos, podrían haberse hecho compañía, pero también admitió que cuando así los enterraban por algo debía ser.

Colocaron el último ladrillo y entonces los sollozos fueron más lastimeros. Los que aún no lloraban miraron al cielo mordiéndose los labios y, en esa postura, con la cabeza erguida, parecían estar leyendo un "*Sic Transit Gloria Mundi*" que en letras de oro, sobre un muro de mármol, sólo el cura y un gafudo desaliñado podían acertar a traducir.

Dos círculos de flores entretejidas ocultaron el tabiquillo que decía adiós a Manuel y ese ornato provisional ocultó el frontispicio del nicho que, todavía sin lápida, destacaba con su humildad entre los cercanos.

Cuando todos salieron, la verja, con su último quejido, encerró el silencio entre las tapias.

Esa noche no hubo olor a plástico. Cuando Migueta despertó su padre ya se había marchado y Antonio

estaba en la escuela. Vio a su madre acostada, con los ojos abiertos y la mirada perdida. Se vistió, dejó un beso en la frente de Pilar que apenas se inmutó y bajó a la calle encaminándose hacia la Peñeta.

Al principio no extrañó a Manuel, porque Manuel nunca se hacía notar, nunca le molestaba, se limitaba a seguirle como un pichón imitador de sus ademanes. Luego, le envolvió la angustia, y sintió no haberle dejado sus tesoros, no haberle contado dónde escondía la culebra, los pedernales y la cachicuerna oxidada... y también le dolió haberle dado esquinazo la última vez que la pandilla hizo una "foguera."

Se volvió creyendo que le seguía y si hubiera estado le habría regalado la navaja y le hubiera prometido que en su presencia nadie le llamaría meón, pero sobre todo, le hubiera rogado que, aunque sólo fuera una vez, pronunciara su nombre... Pero Manuel no estaba y Migueta tardó en dejar de mirar atrás hasta ser consciente de que su hermanito cabezudo y panzón jamás volvería a seguirle.

## VIII- LA ESCUELA

Tras la tragedia aconteció para Migueta la desgracia. Su madre, el alcalde y el párroco, decidieron que la mejor manera de evitar ulteriores accidentes era escolarizar a todos los niños. Don Luis, el maestro, desplegó de nuevo sus argumentos negativos pero ni la edad, ni el número, ni la diversidad de pilluelos que tenía la obligación de letrar, modificaron la opinión de la junta. Así, el mermado club de los independientes, se vio sumido de un día para otro en el grupo escolar.

La escuela masculina reunía cincuenta alumnos y ahora, la sala de hacinamiento, debía hacer sitio a dos más. La edad de los niños oscilaba desde los catorce a los cinco años de Miguel y, para su adecuado funcionamiento, un solo maestro, una estufa y cincuenta pupitres monoplaza que alineados de diez en diez formaban seis angostos pasillos por los que apenas podía transitar el profesor. El alcalde había prometido dos nuevos bancos para que las recientes incorporaciones no tuvieran que ocupar unas sillas, colocadas encima de la tarima, tan cerca de la pizarra, que parecían dibujadas sobre ella. A Miguel le resultaba incómodo sentarse allí. Le daba la impresión de estar expuesto en un escaparate, pero ese sitio también tenía una ventaja; el maestro, dándole la espalda, no reparaba en él y entonces aprovechaba para salir volando por la ventana y en su imaginación jugar libre con los perros y el barro.

Pero la capacidad de evasión fue limitada y el ánimo se ahogó pronto en la rutina de tener que escuchar

cosas que no le interesaban ¡Quién era ese don Pelacho o don Pelamo! ¿Quién era para meterse dentro de sus sueños? ¿A quién le importaban los hechos que, habiendo pasado, se llamaban historia si ya no se iban a repetir nunca...? ¿Para qué necesitaba saber cuántas manzanas quedaban en un cesto si sacaba una y metía seis?... Atender a estas cuestiones le parecía una gabela con la que saldaba una deuda de la que no se sentía responsable.

Y fueron pasando los días frente al retrato de aquel regordete con bigotillo al que llamaban Franco o mirando el escorzo izquierdo de un crucifijo que, colgado de una escarpia demasiado larga, parecía salir inclinado desde la pared.

Cuando don Luis terminaba sus charlas se sentaba tras la mesa y Miguel observaba entonces el perfil somnoliento del presenecto bonachón que, con el ojo izquierdo ocasionalmente entreabierto, vigilaba a unos alumnos que simulaban estudiar. Cuando el cabeceo era más frecuente y el párpado se negaba a seguir abierto el profesor increpaba... -¡Gareta!... ¡vigile! y Gareta, fiel lacayo, dejaba su pupitre estirándose como un pavo para pasear con aires chulescos buscando "asesinos" a los que denunciar. Entonces, con la tranquilidad de tenerlo todo controlado, don Luis se abandonaba, y laxo el cuello y la barbilla prognata, los desencajados labios dejaban escapar un ronroneo que ocasiones se hacía ronquido...

El alcalde cumplió pronto su promesa y una mañana, dos mozos fortachones vestidos con batas azules, introdujeron tres nuevas mesas cuya

madera cuidadosamente cepillada olía todavía a barniz. Los goznes que fijaban la tapa inclinada brillaban plateados y era tanta su virginidad que necesitaron unas gotas de aceite para que dejaran de chillar.

Migueta fijó los ojos en el primero y presintió el placer de estrenar... ¡No era tan malo venir al colegio! Hizo planes y pensó que en su nueva posesión guardaría el lapicero, el clarión e incluso algún tesoro oculto como el mármol que ahora le destrozaba el bolsillo. Los carpinteros arrastraron las mesas para añadirlas a las más cercanas y Miguel los siguió impaciente esperando ocupar pronto su ilusión, pero cuando creyó cumplido su sueño, don Luis, que nunca había podido recompensar a sus preferidos, queriendo demostrar a los zopencos que el trabajo acarrea recompensas, indicó...

-¡Aquí! ¡Por favor! ¡Aquí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Eso! Trasladen estos pupitres al final y coloquen los nuevos en su lugar...

Y... ¡cómo no! los viejos desplazados fueron los de Gareta, Ruiz y Gómez, los tres listos que, mientras vaciaban sus cajones eran observados por el resto del alumnado con envidia. Migueta, defraudado, siguió el viaje de su deseo sujetando con rabia el pizarrín y el bocadillo. Esa superficie lisa con olor a tierra removida se alejaba para pertenecer a otro. Para él, quedaba una tabla seca sembrada de surcos navajeros. Las bisagras plateadas eran óxido de hierro y el hueco del tintero un volcán apagado tras numerosas erupciones de lava azul. Para los líderes un nuevo

diseño, para el novato, un banco grasiento. Para los aplicados, tornillos con remache, para él, salientes prestos a enganchar los pantalones regalando "sietes". La decisión fue mal aceptada, y no porque Gareta o Gómez no merecieran la recompensa, sino por el injusto premio a Ruiz, al que apodaban "Jirafa", ignorando si la Madre Natura le había regalado una vértebra cervical accesoria o si su cuello era una adaptación por copiar tanto del dúo de cabeza. Fuera como fuera, esta especial anatomía le había permitido mantenerse en el tercer puesto y ahora, tenía derecho a un pupitre nuevo.

-¡Da igual!, se consoló Miguel -por lo menos ahora veo la pizarra y además, aquí, en la última fila, puedo hasta dormir si lo deseo...

Pero estaba equivocado, sin la ilusión del estreno pronto volvió el tedio. Cada vez le era más difícil volar e iba perdiendo el polvo de las eras y casi había olvidado el calor de las tapias lagartijeras. Se preguntaba si las cigüeñas livianas seguirían crotorando suspendidas sobre el campanario de la Iglesia, pero sobre todo, recordaba a su amada Peñeta, ¡Oh su amada Peñeta! antes el lugar preferido y ahora sólo transitable de noche, cuando le daba miedo...

Poco a poco se tornó macilento y si en alguna ocasión don Luis le inquiría, se atarantaba sumido en un complejo de inutilidad sabedor de que perdía el tiempo desde el comienzo de la clase hasta el golpe seco que engendraba la barahúnda del recreo. Entonces Migueta salía al patio pero no corría con sus compañeros, ni jugaba a la cadeneta ni tiraba de la

soga. Como un vejete se apoyaba contra la verja y mordisqueaba el pan esperando el final de esos contados minutos ¡Unos minutos! ¡A él! Encerrado únicamente en la mazmorra de la siesta estival, cuando su madre les obligaba a la quietud para también poderla gozar ella ¡Él! que sólo había tenido como reloj el transitar del sol...

Chacho, el camarada ayer libre, no parecía tan afectado. Pronto se adaptó a las costumbres del hato, pero Miguel, sufría patológicamente cuando al extender el brazo sobre el hombro precedente escuchaba... ¡A cubrirse! ¡Igualen las filas!... ¡Entren en clase!...

Transcurridos unos meses, esa naturaleza sabia, la misma que había dotado al Jirafa de un largo cuello, empezó a obrar en Miguel. Lentamente, eclosionó en él un instinto de supervivencia que le ayudó a abandonar la postura de gazapo dormitante. Poco a poco fue levantando el ánimo y aunque al principio se valiera de la mano para sostener la cabeza, dejó de atarazar el lápiz y se dio cuenta de que las ponencias del funcionario no eran tan absurdas como antes. Tras quince días de aplicación había avanzado ocho puestos ¡Ya no era el último! Don Luis se percató de que estaba frente a un ser dotado de vida inteligente y al descubrir que todavía no sabía leer aplicó todas sus artes en alfabetizar al niño. Pasados tres meses ya balbució algún renglón. Al quinto ocupaba plaza en la primera fila y este ascenso vertiginoso espoleó al buen estudiante que prosiguió la escalada, no sólo porque

en él había prendido la llama de la curiosidad, sino por la necesidad de adelantar a Cerón, niño regordete, flatulento y aficionado a las alubias, tras del cual era imposible respirar. No es que Cerón ventoseara más que otros pero lo hacía con tal hedor que sobradamente justificaba su sobrenombre, “el Mofeta...”

Cuando el curso estaba casi finalizado Migueta leía de corrido. Sumaba, restaba y empezaba a luchar contra la tabla de multiplicar. Don Luis vio en él la cuarta encarnación de sus habilidades formativas, pero sobre todo, a un nuevo puntal donde apoyarse cuando el señor Inspector Provincial viniera a calibrar su labor de desbroce entre tanta morralla.

Y llegó Junio, el mes alegre que podía ser borrascoso si el exceso de mutismo invernal al amor de la estufa cuestionaba la habilidad del maestro para el desasne. En su fuero interno, don Luis daba la batalla por perdida. ¿Esfuerzos docentes? Con saber leer y escribir... ¿qué necesidad tienen de otros conocimientos si están predestinados a labrar con sus padres? ¿Para qué? ¡De esta escuela no saldrán nunca ingenieros ni abogados! Tampoco insignes militares ni tan siquiera santos...

Cuando tomó posesión de la plaza trajo en las maletas novedosas técnicas pedagógicas pero, viendo que sus obras salían para bracear y cuidar muladares, solicitó el traslado. Por entonces ya festejaba con la que hoy era su esposa y como no pasaba hambre (cosa difícil en aquellos tiempos) se quedó un año más y otro, y otro... Habían pasado cuarenta; el contacto con los

críos parecía haberle predestinado a no tener hijos propios, por eso, sin acicates, sin cargas, ahora sólo pensaba en la jubilación para poder dormitar a sus anchas sin tener que aguantar la estridente salmodia del "tres por una es tres..., tres por dos son seis..."

Durante esos días de calor prematuro el atribulado profesor paseaba intranquilo ondulando los labios. Intentaba, por todos los medios, embutir de conocimientos a los más retrasados pero, éstos, pronto se empachaban y cuando el pobre hombre oía que don Juan de Austria era hermano carnal de Cervantes se desesperaba. A Migueta no le gustaba que don Luis diera esas muestras de debilidad pero lo que más le molestó fue que don Clemente, el inspector, entrara repentinamente en el aula sin recibir, como todos, el acostumbrado... -¡Salga y llame a la puerta!... Al revés, el maestro se levantó diligente y entre serviles zalemas no dejó de repetir... -¡Pase, don Clemente! ¡Pase usted! ¡Pase!

Cuando esto sucedió, el alumnado, advertido previamente, se puso en pie con la sincronía de una demostración sindical. Luego, tras la despreciativa orden de "¡siéntense!", todos obedecieron con la cadencia de unas fichas de dominó al ser abatidas por la primera.

A Migueta le asombró que ese día y sólo ese día la bata ambarina del maestro fuera marfileña y también que, a una sonrisa desacostumbrada asociara varias gotitas de sudor resbalando por las arrugas de su frente. El "intruso" tomó entonces el mando y con descaro comenzó a preguntar al azar. ¿Al azar?

¡Bueno! Al azar modificado porque don Luis, sabiendo que el inspector nunca se dirigía a los primeros, dispuso a Garetta, a Gómez y a Ruiz estratégicamente dispersos entre el rebaño de ineptos.

-¡Veamos! ¡Usted! (Ruido de banco y niño de pie)

-¿Cómo se llama?

-Juanín.

-¿Juanín? ¿Juanín? ¿Tendrá usted nombre santificado y apellido? ¿Digo yo? (Niño sofocado con cara de espanto y mirada hacia don Luis)

-¡Si señor! Juan López Vergara, pero me llaman Juanín.

-¡Vamos a ver señor López!... (Extrañeza de Juanín que jamás pensó que podía ser el señor López)

-¿Que insigne rey español mandó construir el Monasterio de El Escorial?

Juanín, que apenas sabía el nombre de los Reyes Magos, entortó la cara acercando los hombros a las orejas. El maestro titular aumentó la destilación de sudor y colocándose tras el inspector comenzó a gesticular para dibujar la respuesta, pero nada, Juanín le miraba sin descifrar el mensaje.

Cuando el niño en su ignorancia se había quedado sin cuello, don Luis, abochornado, seguía todavía moviendo los labios como si hiciera falsas volutas de humo.

-¿Alguien lo sabe?

-Felipe segundo ¡señor inspector! desembuchó Garetta.

El atribulado maestro relajó los bucinadores y compuso una expresión tan placentera que de no ser por las circunstancias hubiera provocado las risas del alumnado.

-¡Bien, muy bien!... Vamos a ver... ¡Usted!  
-¿Yo? (niño, que extrañado por su desgracia se apunta con el índice y comienza a mostrar lividez)  
-¡Sí! ¡Usted! ¿Cómo se llama?  
-Javier Gámez Alavena ¡señor inspector! Y el listillo añadió -¡Para servir a usted y a Dios!  
-¡A Dios primero muchacho! A Dios primero...

Esta vez don Luis suspiró. Gámez no podía fallar. Distribuir las buenas lentejas entre las agusanadas había sido una gran idea.

-¿Quién fue el General Moscardó? (Breve silencio y niño que recupera el color)  
-¡El general Moscardó!... El General Moscardó fue un héroe de la Cruzada Nacional que resistiendo en el Alcázar de Toledo...

Fueron tantos los detalles que el satisfecho inspector tuvo que interrumpir al locuaz respondón.

-¡Muy bien! ¡Muy bien!... ¿Cómo ha dicho que se llama?  
-¡Javier Gámez Alavena! ¡Para servir a Dios y luego a usted!  
-¡Muy bien!

Migueta nunca había visto tan complacido a don Luis. La cara del indirectamente examinado se había modelado armoniosa mientras su "príncipe del conocimiento" detallaba prolijamente las esencias del General Moscardó.

-¡Bien!... ¡Vamos a ver!... ¡Usted! ¿Nombre?  
-¡Javier Ruiz López! respondió el Jirafa.

El sufrido profesor creyó en su suerte y musitó... ¡Éste tampoco falla!

-¿Cuántas son nueve por nueve?  
-¡Cincuenta y ocho!  
-¡Hola! ¡Hola! ¡Muy bien! ¡Muy bien!  
-¿Y siete por siete?  
-¡Noventa y tres! afirmó con seguridad creyéndose los halagos.  
-¡Ah!... ¡Qué listo es usted! ¿Y ocho por seis?  
-¡Diez y seis! aseguró confiado el Jirafa creyendo poseer una magia especial que le hacía adivinar lo que quisiera, excepto que iba a ser descubierto.  
-¡Muuuy mal! ¡Siéntese!

Don Clemente ladeo incrédulo la cabeza y miró a don Luis. El Jirafa se iba a quedar sin pupitre y nadie lamentaría su estrepitosa caída.

-¡Bueno! ¡Sigamos! ¡Usted!

Emboladas de sangre hincharon las carótidas de Migueta. Cien, cientoveinte, cientotrenta pulsaciones.

-¿Nombre?

-MiguelGarcíaAldamaz! para servir a Dios, a usted, a don Luis y a...

-¡Vale! ¡Vale! No sirva usted a tantos...

Migueta no localizaba la rodilla causante de su balanceo. En regia postura, con los pómulos cubiertos por un rojo antifaz, no tenía valor para mirar directamente a don Luis. Con las aletas nasales batiendo como las agallas de un pez sabía que si miraba al maestro su expresión podría darle alas o sumirlo en el desmayo que presagiaba.

-¡Vamos a ver señor García!... ¿Sabe usted?... ¿Quién inició la Reconquista de España?

Un destello eléctrico bajó desde su cerebro hasta la lengua. Desde allí retrocedió por la nariz para llegar al ojo derecho. Sobre la córnea vio a don Luis inmóvil. La chispa se introdujo luego en los pulmones y tras variar su esencia, salió por la boca hecha aire modulado.

-¡Don Pela...yo! ¡Don Pelayo!... ¡Don Pelayo!

Y el Asturiano chocó contra las paredes y fue rebotando en cada pupitre hasta que, exhausto, terminó huyendo por la ventana...

-¡Don Pelayo! ¡Don Pela...! ¡Don...!

-¡Muy bien! ¿Cómo ha dicho que se llama usted?...

Desde aquel día Miguel supo que el esfuerzo tenía recompensa. Añoró menos los escondites campestres y los hábitos de urraca. Se sintió por primera vez alguien y su pequeño corazón repetía... ¡Gracias don Pelayo! ¡Cuánto te quiero don Pelayo!

Migueta era una sonaja, no sólo por haber contribuido a la felicidad de don Luis o por haber conseguido el anhelado pupitre, sino porque alguien le confirmaba en su interior que era mejor caminar escuchando que seguir holgando.

El pequeño Migueta era ya Miguel e intuía al "señor García" y el señor García no quería ser labrador, ni panadero, él sería... por lo menos... por lo menos INSPECTOR DE ESCUELA NACIONAL.

## IX- EL OFICIO

Finalizado el curso y ocupando el tercer pupitre (el del Jirafa) don Luis confirmó que Migueta era un niño especialmente despierto. Cercano el verano veía venir Miguel de nuevo la libertad pero la muerte de su hermano, una tragedia consumada no había sido aún consumida, y todos los planes se quedaban en aburridos paseos al lado de Antonio y de su vigilante madre, afligida aún por creerse, en cierto modo, culpable del accidente. El resto de los padres parecía haber escarmentado en cabeza ajena y, rotas las pandillas, a Miguel no le importó que Pilar pusiera en práctica la recomendación que su padre había apuntado en su última carta.

- "Vuestro padre piensa que un hombre debe dominar un arte, un oficio y un conocimiento..." ¡Así que! para no perder tiempo... sería bueno...

Al pobre Antonio esta inspiración le iba a suponer un deslome cruento en los campos de Chalán. Para Miguel la actividad escogida fue más suave, más artesanal, fue el aprendizaje del noble oficio de la alfarería.

Pilar conocía a Ángel, el alfarero, porque teniendo edades similares los dos habían sufrido las desgracias de la guerra. Aunque sus familias militaron en bandos contrarios, siendo jóvenes, conservaron la amistad por encima de los símbolos y las banderas. Ángel, Angelón, tenía ¡cómo no! un mote, era "el rojo" y lo

ostentaba con orgullo porque a la menor oportunidad expresaba sus opiniones políticas.

-¡Desde luego! Más aprenderá conmigo que con ese pelotas de azulete que tiene por maestro...

-¡No empecemos Ángel que el crío no sabe todavía de colores!

Pero Pilar estaba equivocada. Migueta había oído que años atrás lucharon rojos contra azules y que los primeros eran malos porque quemaban las iglesias. Además la abuela Chalana le había contado que a su abuelo lo mataron por tratar de impedirlo... Pero también había escuchado que los rojos eran los que mandaban y los azules les habían quitado el gobierno por la fuerza. Sólo había oído eso.

Ángel conocía la reciente desventura de su amiga Pilar y aunque de buena gana hubiera iniciado un mitin contra el sistema educativo Franquista se contuvo. Debido a su ideología anticlerical no había ido al funeral en la iglesia pero estuvo en el cementerio y al recordar el dolor de aquella madre rota cerró la boca aceptando de buen grado al aprendiz.

-¡Está bien! ¡Todo está bien! ¡No insisto! Pero estoy seguro... ¡Más aprenderá de mí que de...!

No terminó la frase. Pilar le miró con un gesto de abatimiento, con un ¡déjalo ya! Luego se fijó en un búcaro todavía sin decorar.

-¿Te gusta? ¡Llévatelo!... y pierde cuidado el crío estará bien.

En el treinta y seis Ángel tenía diez y siete años. Para su mala suerte, además de joven, era estudiante y así, leído, culto e idealista, la elección de bando no fue dudosa. Apostó por el perdedor. Cuando la guerra terminó, "vencido pero no convencido", vio cercenada la continuidad de sus estudios y no pudo acabar la carrera de Derecho como hubiera sido su deseo. Un tío abuelo alfarero le enseñó el oficio y Ángel, huyendo de la incompreensión del vencedor, se arrimó otra vez al pueblo alquilando un local que el Ayuntamiento había equipado con un torno y un horno porque la comunidad necesitaba cacharros sin importar el color del que los hiciera mientras fueran buenos.

Alto y fuerte, más que obeso, era grande y como sucede con los seres corpulentos, tal vez para evitar que sus iras dañen a los pequeños, la Naturaleza había asociado a su corpachón un apacible carácter. La lentitud de sus movimientos y una eterna colilla de picadura liada en el labio inferior, reforzaban ese aspecto pacífico. La gente dudaba de si dormía con el cigarro pero todos estaban seguros de que lo hacía con la boina... ¡jamás defenestrada! porque era parte y recuerdo de la Batalla del Ebro. Una barba entrecana de crecimiento perezoso y unas gafas de baquelita negra con gruesos cristales circulares conferían a sus ceremoniosas maneras cierto aire de intelectualidad.

En todo el conjunto destacaban dos defectos. Sus pantalones denotaban con excesiva frecuencia un

incipiente, como él decía, "fallo de cañería", y el segundo, que a las manchas en la tela unía otras en la lengua, porque, como una bandera propia, injertaba tacos entre latinajos y frases cultas para expresar esa personalidad mezcla de pueblo candeal y época estudiantil lejana.

A Migueta no le importaron los lamparones. Aquel hombre no le parecía sucio. Olía a tierra selecta, a tierra mojada, olía a la arcilla con la que fabricaba sus vasijas. Con respecto al lenguaje le divertían esas expresiones desconocidas e incluso hizo intentos para ponerse a su altura pero, desde el principio, quedó claro que allí, por el momento, sólo maldecía el jefe.

Angelón vivía solo. Cuando cumplió veinte años, como él decía, pasó por el juzgado para adueñarse de una bella jícara, pero como en aquellos tiempos no se podía catar el contenido antes de la compra descubrió tarde que el chocolatillo estaba agrio y se separó. Su matrimonio duró diez meses y jamás volvió a colgarse cadenas ¡Él! ¡Un republicano con cadenas!

Cada dos días renovaba el pitillo y cuando depositaba el tabaco sobre el papel de arroz lo hacía por adarmes.

-Echo poco... ¿sabes? escasea... ¡Igual tu madre me compra un cuarterón por aguantarte...!

Su casa-taller era un tinado pero la tenía por suficiente. Había decidido no cambiar bienes por trabajo...

-Con mis libros tengo bastante. -Sí, Miguel, desprecio las riquezas materiales...

La casucha hacía chaflán y se abría a la calle por un pesado portalón que siempre estaba cerrado. Para entrar o salir usaba un portillo que cedía al estirar de una cuerda disimulada entre las grietas de la madera

-Ves... Así se abre, así se cierra. ¡Nada tengo que puedan robarme!... Si no me cortan la cabeza o las manos... ¡o se llevan mis libros! pero... ¿crees que alguien del pueblo puede interesarse por mis libros?...

Tras el portillo, un patio amplio almacenaba en desordenados montones cándalos de pino, ramas de jara y tronchos de carrasca. A la derecha, el suelo cementado, servía para extender los cacharros antes de meterlos al horno que, adosado a la vivienda, hacía de calefacción en invierno y de autoclave en los meses de calor. Por eso, en verano, cuando era preciso hacer la cochura usaba Angelón la luna como techado y cuando dormía mirando las estrellas recordaba siempre un libro, sobre los misterios del cosmos, que un día prestó y que jamás recuperó.

-¡Ah! ¡No me pidas que te deje libros! Los libros no se dejan. Los libros son como los calzoncillos... y yo no los dejo. Además, ya lo dijo Cervantes "Aunque viejo y sucio no hay libro que por malo no tenga algo bueno" Cervantes... ¿O fue Plinio? ¡Joder! ¡Es igual! Lo digo yo. Los libros, Miguel, contienen el conocimiento y el conocimiento te hace feliz. Por contra, la ignorancia envilece y ese es el mal de nuestro tiempo, la peor miseria... ¡todos desean poseer cosas en lugar de ansiar el conocimiento!

Contiguo a la pieza comedor-dormitorio-cocina, un cuarto separado por una cortina alojaba el torno a cuyos pies almacenaba la arcilla con los útiles de trabajo. Al fondo, la única puerta cerrada, hacía infranqueable un pequeño recinto que parecía ser una vieja letrina.

-Pero no pienses que la sabiduría es el simple amasijo de conocimientos ¡No! La sabiduría no consiste en saber más. La sabiduría es la habilidad de medirse a uno mismo con tolerancia... ¡Coño! ¡Qué bonito! ¿Dónde lo habré leído?

En el muro una ventana dejaba pasar escasa luz porque, estando tan baja, el sol no encaraba nunca sus visillos de ganchillo. Una mesa de madera de pino, tres sillas del mismo material, un sillón con la tapicería raída, una lámpara, una librería y una cama cubierta por una colcha estampada con leones rampantes constituían todo su mobiliario.

-¡Chaval! Antes del trabajo está la amistad así que hoy no empezamos... ¡No pasa nada! Hoy lo dedicaremos a conocernos ¡Venga! ¡Dispara! ¿Quieres saber algo de mí?

Miguel no abrió la boca.

-¿Tengo un aprendiz mudito?

Migueta se sintió provocado. Miró fijamente los puntitos negros que tras los cristales de las gafas querían ser ojos y disparó...

-¿Angelón?... ¡Tú eres rojo!

-¡Coño! ¡Bien empezamos! ¿Yo?... ¡Tolle! ¡Tolle!  
¡Quita joder! yo soy republicano ¿Oyes?  
¡REPUBLICANO!

-¿Y eso es malo?

-¡Y eso es malo! ¡Y eso es malo! repitió con burla Angelón pensando que su interlocutor no iba a dar el juego que había intuido.

-¡Qué coño va a ser malo!... ¡Al revés! todos deberían ser republicanos, y en su tiempo la mayoría lo fueron...

Ángel observó que el niño no comprendía y le habló de los gobiernos electos, de la democracia, del presidente... pero el niño seguía sin entender.

-¿Y quién te ha dicho que soy rojo?

-No sé... lo dicen...

-¡Lo dicen! ¡Lo dicen! Y tú a lo que digan ¿no? ¡Pues no les creas! Lo que pasa Miguel es que del árbol caído todo el mundo hace leña ¿sabes? Es que el vencedor siempre mide al vencido con la injusta vara de la revancha y te digo que es injusta porque no castiga a los culpables sino a los menos fuertes. Pero nosotros teníamos la razón y ¡no los fachas! por eso, díles a todos esos arribistas que yo soy, fui y seré REPUBLICANO, ¿comprendido?

-¡Ya! y eso de "arribismas" ¿qué es? preguntó Migueta revelando que no había entendido casi nada.

-¡Venga chaval! que has venido por el oficio y no por la política.

Del cuarto cerrado sacó Ángel dos cubos, uno repleto de arcilla y otro con agua. Ocupadas las dos manos entornó la puerta con el pie y mientras lo hacía gritó...

-¡Primera lección! ¡Si entras a este cuarto te jodo la cabeza! ¿Has tomado apuntes? ¡Pues venga a empezar!

Ángel quería parecer acerbo, pero Miguel intuía que tras esa postura artificial se escondía un bonachón y le seguía el juego fingiendo azorarse cuando el grandullón, con las manos renegridas, le decía...

-¡Echa más agua! ¡Joder!... Que se seca el asunto.

El torno giraba perezoso y el barro húmedo ascendía como una hurí danzando entre los hábiles dedos de Ángel.

-¡Echa agua! ¡Carajo!... que se seca el asunto.

Y Miguel levantando el pesado pozal vertió sobre la obra casi todo el contenido.

-¡Me cago en! ¿Eres zote o qué? ¡Fabán de los ...!

Esa vez Migueta se asustó, sobre todo cuando Angelón, en toda la acepción de la palabra, aplastó con el puño la naciente bailarina.

-¡Echa más! ¡Anda! ¡Echa más! ¡La leche! ¿Quieres que se cuarteé en el horno? Se hace así. Hay que ser delicado ...

Y metiendo los dedos en el cubo salpicó difusamente la arcilla.

-¿Ves? ¡Así! ¡Así! ¡Unas gotitas! ¡So animal!... ¡Hazlo tú!

A Migueta esa agua amarilla semiespumosa que olía "raro" le daba asco. Se quedó mirando los aros concéntricos que rodeaban el interior del recipiente y Angelón, viendo los remilgos, asió la mano del niño y la sumergió dentro del líquido. La brusquedad del gesto unida a la extraña tibieza de su contenido casi le hicieron llorar. El alfarero dándose cuenta añadió rápidamente...

-¡Pero bueno!... La verdad es que soy bruto ¡Mira que tengo poca paciencia! ¿Pues no quiero que el primer día el aprendiz haga de maestro?

Secó las manos de Migueta y curvando la espalda acercó la nariz a la oreja del asustado.

-¡Repíte conmigo! ¡Hoy no nos sale de los cojones trabajar! ¡Venga, repítelo! ¡Somos patronos libres! ¡Repítelo! ¡Hoy no trabajamos!

Miguel volvió a sonreír. El exabrupto le había hecho gracia. Conseguida otra vez la tranquilidad guardó Ángel los dos cubos en el vedado cuarto y permaneció en su interior unos minutos. Cuando salió dos gotas recientes reemplazaban sobre la bragueta las anteriores ya secas.

-¡Al almuerzo! ¡Que las grandes obras se hacen despacio!... ¡Segunda lección! ¿Tomas nota? Siempre que quieras hacer algo importante destierra las prisas ¿Entendido? ¡Pues venga a comer! ¡Que el trabajo exige reparación...!

Miguel no sabía a qué trabajo podía referirse y pensó que si todos los días eran iguales, los platos, las tazas y los pucheros del zaguán debían haberse hecho solos; pero obedeció porque, para comer, siempre estaba dispuesto.

Sacó el “jefe” queso, pan y vino. Puso dos tajadas de cada alimento y se sirvió un generoso vaso de tinto. Comieron sin hablar y cuando terminaron no permitió que Miguel limpiara la mesa.

-¡Gente pobre no necesita criados!

Con las manos en hoz tiró los restos al suelo y luego añadió sonriendo...

-¡Ahora bien!... Entre las obligaciones del aprendizaje está la de barrer... ¡Je! ¡Je!

Ángel miró la colilla que había dejado en la esquina de la mesa (porque no tenía la habilidad de comer con ella) y la chupó con la esperanza de que estuviera encendida. Luego la aplastó y tras hacerla volar en espirales lió otro cigarrillo. Al acercarse al mechero le salió al extremo del cilindro una costra blanca y, apoyado contra el respaldo, lanzó una bocanada sin humo. Al darse cuenta de que el chisporroteo aún no había quemado picadura comentó.

-Va escaso ¿sabes?... Va escaso en estos tiempos. Por eso no lo cargo mucho.

Migueta notó que la mirada de Angelón se perdía extraviada y temiendo un aburrido sesteo, interrumpió...

-¡Angelón! Dame un fumarro...

-¿Qué? ¡No te ...! ¿Pero no sabes que fumar te puede dejar enano?

Ahora la indignación parecía más suave.

-¿No sabes que el tabaco es un veneno?... ¡Un pérfido veneno...!

Miguel negó con la cabeza.

-Pues el tío Quino fuma y tiene noventa años. Y el abuelo Chalán va pa los ochenta y también fuma...

-¡Ay Miguel! Miguelín... ¡Qué corto es tu entendimiento! ¿Ignoras que los fumadores viejos son como los calvos con canas?

Miguel no entendía.

-¿Has visto algún calvo con canas? ¿Has visto algún muerto fumando?... ergo... los que fuman son los que quedan pero nunca sabes cuántos, por culpa de este vicio maldito, han dejado de hacerlo ¿Me entiendes?

Miguel lo entendió a medias pero intuyó que tras esa tacañería había otro argumento más importante que su salud.... "Va escaso ¿Sabes?"

-Angelón ¿qué significa "ergo"?

-¡Así me gusta! que preguntes. "ergo" quiere decir en la culta lengua latina ¡por consiguiente!

-¿Angelón?...

-¿Si?

-Ergo tú... ¿por qué fumas?

-¡No te jode! Porque quiero y porque es mi veneno ¡No el tuyo! ¡No te digo con el mochuelo! ¡Además! Has empleado mal el "ergo"

El crío fingió convencimiento pero mientras barría pensó que el "va escaso" era mejor razón. No insistió, le pareció que Angelón se había molestado y esperó a que el rostro del fumador se relajara para volverle a preguntar.

-Angelón ¿a mi abuelo le mataron los rojos...?

-¿Qué?

Ángel se puso serio.

-¡No hijo! ¡No! A tu abuelo le mataron las envidias, la intolerancia, la incultura... Tu abuelo tuvo la mala suerte de estar en un lugar y en un tiempo equivocado. Se lo cargaron como al cura o al cabo ¡por cojones!... porque entre todos a nadie le pesó la conciencia ¡Sí! repartieron la villanía y como eran muchos, nadie se sintió responsable ¡Fíjate! ¿A que una boñiga de vaca se come mal entre dos? Pero si se sientan a la mesa cincuenta ¡Ya pesa menos! ¿Y si son mil? ¡Pues desaparece sin que nadie sienta asco! Pero eso lo hicieron los rojos y los fachas Eso pasó en los dos bandos.

-¡Ya! Lo de la mierda de la vaca sí que lo he entendido. Y tú Angelón... ¿Fuiste a la guerra?

-¡Pues claro!

-¿Y tuviste miedo?

-¿Miedo? pues... ¡sí! Más de una vez debí tenerlo.

Angelón empezó a pensar que sacaba frutos de la compañía. Hacía tiempo que no tiraba de los recuerdos. Con una mota de picadura en la lengua se incorporó en la silla y tras unos instantes no se hizo de rogar.

-Un día... un día...

Migueta no interrumpió. El cigarro se había apagado de nuevo y ahora enclenque bailaba en vertical al compás del movimiento de los labios.

-Un día, estando en la trinchera, el cabo gritó... "¡Que se nos vienen, que se nos vienen!" y el capitán que, para más coña había estudiado en el seminario, arengó... "¡Pro Patria mori!" que quiere decir... ¡A morir por la Patria! Pero como allí nadie sabía latín, cuando alguien gritó... "¡A correr! ¡A correr! ¡Maricón el último!" como esto lo entendió todo el mundo, nos buscamos los pies para darles atajo... ¡Joder que si me acuerdo!... Pero el miedo pesa ¿Sabes? El miedo pesa y mis pies ni se movieron. Ya lo creo que tenía miedo...

Ángel hizo una pausa, movió el pitillo de comisura a comisura y cuando lo aposentó a su gusto continuó...

-Sin miedo puedes correr, pero... ¿para qué correr si no tienes miedo? ¡Claro!, no se me había ocurrido... Angelón había descubierto una veta filosófica y Miguel viéndolo ensimismado creyó perdida la narración, pero el "pensador", tras felicitarle por la profundidad de su reflexión, sonrió sardónicamente y tragó saliva.

-Pues sí Miguel, sí tuve miedo, tanto que cuando me di cuenta ya no había salida. El enemigo me respiraba encima. En segundos debía decidir entre vivir o morir, así que opté al cincuenta por ciento...

-¿Que hiciste?

-¿Qué hice?... pues me tumbé detrás de un muerto y lo imité ¡Sí pequeño! ¡Sí!... ¡No me mires con esa cara! Cuando pasaron las hordas todo era silencio y entonces... ¡resucité! Y ya ves, aquí estoy. Porque...no huye el que más corre sino el que mejor escapa... ¡Ja!

Migueta había visto una película de la guerra y, aunque seguía pasmado con el relato, no le cuadraba el heroísmo "del cine" con lo contado, pero se dijo que Angelón tenía razón, que aquí estaba y lo prefería así, porque ¿dónde iba a pasar mejores ratos sino al lado de ese gafudo corpulento al que iba tomando afecto?

-¡No!, no me importa confesarlo Miguel. Es la verdad y ya sabes... "Amicus Plato, sed magis amica veritas"... ¿Entiendes?

Migueta dijo tres veces sí y rectificando otras tres que no...

-¡Pero qué vas a entender tú chaval!

A Miguel le encantaba oír al "rojo" hablando como un cura. No sabía si sentir asombro o admiración. Se levantó del escabel donde había permanecido inmóvil y al despedirse presintió, que en efecto, como le había oído decir a su madre iba a aprender más con él que en la escuela y que muchas de las respuestas a sus preguntas saldrían antes del desbocado alfarero que de la cortesía programada de don Luis.

## X- EL SECRETO

A la mañana siguiente Migueta tiró temprano de la cuerda. El pestillo cedió y una vez en el patio, vasos, fuentes y platos le dieron la bienvenida. Angelón estaba trabajando. La calidad de su producción era estimada en toda la comarca y nadie se explicaba cómo usando "pasta blanda" sus platos simularan ser de gres ¿Por qué esa loza porosa de acabado mate a él le salía vitrificada? Su horno no podía alcanzar temperaturas tan altas pero fuera cual fuera su secreto, gracias a él, podía vender cuánto y cuando quisiera. Los clientes esperaban pacientes los encargos y esta falta de prisas le hacía sentirse artista y no artesano, como un pintor afamado que crea obras cuando está inspirado y no como un simple trabajador manual.

Durante las clases de "teórica" Angelón, explicaba al aprendiz que había trabajado también con "pasta densa", con caolín y "chinaclay"

-¡El elemento más puro y blanco del oficio!, pero que ahora no se puede encontrar. Además, en estos pueblos, la porcelana se vendería menos que las fotos de Azaña en un convento... ¡Sí Miguel! ¡Sí! también he hecho "delft", esa cerámica esmaltada al estaño en la que dominan los azules y los blancos ¡Que bello es el delft! pero aquí compran loza... Claro que sólo mi loza... ¡mi loza! ¡Ja!

Si alguien se lo pedía Angelón podía añadir motivos chinescos a sus piezas y como dominaba el dibujo,

cuando estaban acabadas, parecían verdaderas porcelanas orientales.

-Un día te explicaré cómo se hace la pasta y cómo hay que preparar la cochura. Ahora confórmate con acarrear leña al horno...

Miguel observaba las manos de Ángel acariciando el dúctil barro. La fricción suave de sus dedos mojados contra la arcilla le producía una sensación placentera de orden y equilibrio...

-Ángelón...

-¿Qué?

¿Por qué te salen diferentes?

-¿Qué?

-¿Por qué no te salen todos iguales?

-¡Ya estamos! ¿Has visto tú dos amaneceres iguales?

¡Dos flores idénticas! Pues así son mis cacharros.

Cada uno irrepetible y toma nota ¡chaval! la obra de arte debe ser única y sobre todo ambigua porque sólo así origina admiración ¿Crees que estaría satisfecho si toda mi producción fuera idéntica? ¿Supones que a los clientes les gusta tener el mismo botijo? ¡Anda y acarrea leña ignorante!

Miguel pensó que, mientras el agua se conservara fresca y no se escapara del recipiente, poco importaba que todos los cacharros fueran iguales pero no contestó siguió acarreando leña y oyendo a su maestro musitar "Festina lente" "festina lente" y como el crío se quedaba mirando creyendo que eran las palabras

mágicas que hacían brotar los vasos, antes de ser preguntado, le tradujo el latinillo.

- Quiere decir "Apresúrate despacio" "apresúrate despacio". Eso quiere decir y eso debes pensar cuando hagas algo que merezca la pena.

Miguel esta vez había entendido y creyendo poder mantener un pulso con el jefe se atrevió a completar...

-¡Ya se! es eso de "vístete que voy con prisas"...o "despacio que ..."

-¡Mira que listo el zagalejo! ¿No querrás decir vísteme despacio que tengo prisa?

-Eso...

- Venga no te duermas que el horno espera.

Miguel satisfecho siguió con su transporte y Angelón sonreía. Por deferencia a la cotorra, que sólo atesoraba las maldiciones, había decidido sustituir alguna que otra excrescencia verbal por más "latinajos" y así, de este modo, daba cultura al alumno y de paso practicaba el olvidado lenguaje con el que intentaba diferenciarse del vulgo.

En el horno las llamas hacían tremolinas y Miguel dejó de empacharlo.

-¿Ya has terminado de cargar el horno?

-¿Echo más?

-No ya está bien ¿Ves? "¡Labor omnia vincit!"  
¡Repítelo y apréndelo de memoria!... Quiere decir "el trabajo todo lo vence" ¿No opinas lo mismo?

-¡Si claro!..."Lacor onio vince"

-¡"Labor omnia vincit"! El trabajo todo lo vence, incluso a la muerte, pues el que trabaja es porque no está muerto ¡Ja!, ¡Ja!

Angelón se dio cuenta de que Migueta no había reído la simpleza y molesto repitió.

-Que te lo aprendas de memoria ¡Coñe! que es un dicho precioso ¡Repítelo!.

-"Lacor onia vence".

-¡Vete a la...! ¡Hasta que no te lo sepas no hay almuerzo!

Ángel se acercó a la boca del horno y el calor le hizo sentir un escalofrío.

-¡Joder! ¡Otra vez la cañería! Se dirigió al cuarto cerrado y cuando salió preguntó.

-¿Te has aprendido qué vence a todo?

-Sí, Angelón, el trabajo...

¡Pues bórralo que es falso!

A Migueta no le gustó el requiebro.

-Te digo que es mentira porque lo que no concede la naturaleza no lo da Salamanca ¿Comprendes?

El aprendiz no necesitó hablar para confirmar su ignorancia.

-¿No? pues que, a pesar de enseñarte a manejar el pedal y la rueda, si tus manos no han sido hechas para modelar ¡Ya puedes torneear! ¡Ya! Que de nada te servirá el empeño ¡Cascajo de orines como escuecen!

-¿Estas malo?

-¡Bah! Viene y se va.

¿Te duele?

-Sólo cuando meo.

-¿Y por qué no te cura don Daniel?

-¡Qué sabrá ese!

-¡Ya! Es verdad, mi hermano Manuel también se meaba y don Daniel decía que no tenía importancia.

-¡Sí! ¡Pero yo no me meo chaval! ¡Sólo me escuece!

¿Y no te quieres curar?

-¡No!

-¿Por qué?

-Porque no me sale del cuerpo y venga... ¡Que esto se apaga...!

Esa jornada trabajaron de verdad. Miguel había deseado mover el torno desde el primer día pero era consciente de que para hacer "el milagro del barro" necesitaba aprender todos los secretos del oficio. Sabía que, como iniciado, debía empezar desde abajo "Peldaño a peldaño " decía el jefe, pero Angelón cada vez los ponía más altos y si el crío insinuaba deseos de tocar la arcilla, el maestro repetía siempre "Suo témpore, Miguel,... suo témpore"

-¡Vamos a parar! que el trabajo, como el veneno, no es bueno ni malo depende de la dosis.

-Angelón... ¿puedo mear?

-¡Tu verás! Pero como te pase lo mismo que a mí...

Y Miguel se dirigió hacia al cuarto cerrado pero antes de que llegara a la puerta Ángel le corrigió.

-¡Eh! Allí sólo meo yo. Tu retrete está fuera, al lado de la pila...

El esfuerzo ante el buche del horno había hecho sudar al crío y Ángel, valorando el trabajo, le sirvió, "como a un hombre", dos dedos de vino con que ayudar al tránsito del queso seco. Miguel ya había terciado con caldos más fuertes y además azucarados, así que, de un trago pasó el tinto sin alardes .

-¡Joder! ¡Cómo le pega el enano!

-¡Ponme más!

-¿No será mucho?

-¡Que va! afirmó con la boca llena de pan. Y Ángel añadió otros dos dedos al vaso vacío.

Cuando terminaron Migueta barrió la mesa con la mano y las migajas cayeron al suelo.

-Luego las recogeré... Ahora dame un fumarro.

-¡Que no!... ¡un poco de vino pase! pero tabaco ¡no! Y no sigas que me enfado.

Miguel dio el asunto por zanjado y volvió a pensar que Ángel tenía un gran tonel de tinto pero escaso tabaco.

-Angelón...

-¿Qué?

-¿A las ranas les duele que les "quebren" las patas?

-¿Qué?

-¿Que si les duele que les jodan las patas?

-En primer lugar habla bien ¡Moñaco! y en segundo lugar no entiendo tu pregunta.

Migueta le explicó lo que hacían en las charcas y cuando terminó Ángel dio su respuesta.

-¡Pues no sé!... Puede que sí y puede que no.

-¿Sí o no?

-¡No te cría! y a ti ¿si te las rompieran te dolería...?

-Pues sí, pero yo chillaría y lloraría y las ranas ni chillan ni lloran.

-¿No? ¿Estás seguro? ¡Pues claro que chillan! pero a su manera ¿Y crees que no lloran? ¿Las has mirado a los ojos para ver si sacaban o no lágrimas?

-No... No las he mirao.

-Entonces ¿por qué estás tan seguro de que no lloran?

Migueta empezó a sentir remordimientos y para evitar que fueran creciendo contó a Ángel lo sucedido el día que Manuel se quedó con Sietemachos.

-Y entonces tú qué crees ¿soy o no soy maricón?

Angelón iba a reírse pero temió herir la sensibilidad del contertuliano y se contuvo.

-¡No hombre no! ¡Qué vas a ser maricón! Tú eres una persona normal y el que hace esas cosas es un "suevo" un "vándalo".

-¡Hombre Angelón! que eran Manuel y Sietemachos.

-Bueno, pues lo harían de "bona fide".

-¡Eso! replicó Migueta ¡de bona fide!...

-¿Sabes qué quiere decir?

-No

-Pues entonces ¡pregunta! que es igual de tonto el que asiente ignorando que el que ignora asintiendo. Quiere decir "de buena fe" ¡vamos! sin querer hacer mal.

Llegado a este punto Angelón creyó que no iba a contener la risa por eso continuó.

-Ahora te explico. He contestado, que sí pero que no, porque verás... Bueno, seguro que las ranas sienten el dolor pero por otro lado no sufren ¿Entiendes?

-No No lo entiendo.

-Pues que no se angustian, que no tienen miedo, que no temen morir.

-¿Tu has visto si en sus ojos no hay miedo Angelón?

-Ay chaval ¡Anda ven! y recuerda que todas las respuestas están en los libros.

Y acercándose a su pequeña biblioteca, insólita en un alfar, cogió un libro enlomado en piel negra que con letras doradas dejaba leer "FILOSOFIA CARTESIANA".

Al abrirlo una reseca flor le recordó viejos tiempos y arrimado a la ventana se inclinó pegando el libro a la nariz.

-Aquí. Lee aquí, porque sabes leer ¿no? Pues lee aquí, lo que está subrayado.

Miguel tomó el libro y entornando los párpados leyó con dificultad...

- "Cogito...erg...o...sum. COGITOERGOSUM..."

- "Cógito ergo sum" Apuntó el gafudo.

- ¡Ya! ¡Ya! Añadió Miguel.

- ¿Pero por qué dices? ¡Ya! ¡Ya! Si no has entendido nada ¡Jodido de crío! Quiere decir "pienso luego existo".

- ¡Ya! volvió a afirmar el niño como si la traducción hubiera sido al chino.

- Y yo te pregunto Miguel ¿Las ranas piensan?

- ¡Sí! ¡Claro!

- ¡Qué coño van a pensar! Si pensaran se habrían muerto de asco al verse verdes como mocos, o se hubieran ido a vivir a otra charca donde cabroncetes como vosotros no las pudieran importunar ¿No lo entiendes?

- ¡Ya entiendo! ¡Ya!... Pero, existir... existen, te lo juro ¡Yo las he visto!

- ¡Que sí, que sí! ¡Claro que existen! ¡Claro que son! Pero para ti, no para ellas. Los bichos Miguel no tienen conciencia de sufrir, ergo, no sufren aunque sientan.

- ¡Ergo no entiendo nada Angelón!

- ¡Bueno! vamos a ver ¡Tú qué coño quieres! ¿Que sufran o que no sufran?

- ¡No sé! Por un lado prefiero que no sufran y así Manuel y Sietemachos no hacían mal, pero por otro, si

sufrieran podría decir que si no les quebraba las patas no era por ser maricón sino porque sufrían ¿me entiendes ahora tú?

-¡No! yo tampoco te entiendo, así que, ¡venga! a atizar el fuego.

Ángel cerró el libro y mientras colocaba al perplejo Descartes entre sus compañeros sopló los estantes. Unas cuantas tolveneras le confirmaron que las periódicas visitas de Rosa no le dejaban leer con la frecuencia que deseaba.

El horno rugía y Angelón notó otro respingo. Fue otra vez al cuarto "oscuro" y esta vez, cuando desapareció, Miguel le siguió. Esperó escondido hasta que Angelón, presagiando nuevas necesidades, salió dejando la puerta abierta. Miguel aprovechó para meterse en el secreto recinto y una vez dentro no apreció nada anormal, sólo cubos, como los de mojar el barro, llenos de líquido espumoso y amarillo. Cuando se percató que uno de ellos todavía humeaba exclamó...

-¡Pero si son meaos!, ¡son meaos!

El susto que le produjo la mano de Angelón sobre el hombro le afectó más que el sopapo acompañante.

-¿Qué te había dicho?

Creyó Miguel que además del oficio iba a perder una oreja, pero el disúrigo alfarero cayó en su error. "Para un niño no hay mejor mandato que una prohibición" y mentalmente se añadió que estos bichos sólo guardan un secreto si están muertos o son partícipes del mismo y como matarlo no entraba en sus planes decidió sincerarse.

-Bueno... ¡ya lo sabes! Son mis orines los que hacen que mi loza sea similar al gres ¡Y no me preguntes la razón! Lo descubrí un día que para evitar las quebranzas me meé en las manos. El jarro que luego cocí salió brillante, diferente a los demás, así que, probé, probé y... Pero ¡Ah!, pero sólo funciona cuando tengo "mal de cañería" cuando padezco ese escozor que tanto me tortura y que por eso no quiero ni puedo curarme ¡Ya está! Ya conoces mi secreto.

Esas molestias urinarias eran para Angelón como el carácter especial que no permite la felicidad del verdadero artista. Como una confirmación de que nada de valor puede ser creado desde un estado de placidez total o de bienestar físico completo.

Migueta viendo que el maestro no deseaba pelear se recuperó del tembleque y en voz baja aseguró.

-¡Angelón!, yo callao ¡te lo juro...!

-¡Da igual! si te vas de la lengua nadie te va a creer y además, sólo mis orines obran el prodigio. Si los otros alfareros los quieren, que vengan ¡que vengan! que recibirán buena ración de ellos.

Miguel se marchó esa tarde orgulloso. Podía compartir el secreto del maestro y nadie en el mundo conseguiría arrancárselo, pero cuando recordó la obligación de meter la mano en el cubo, deseó que, en lugar de lisos, Angelón prefiriera rugosos los cacharros.

## XI-EL VIERNES

Los días pasaban y aunque Miguel no había montado en el torno, dominaba ya el arte del cortado, sabía ajustar el fuego "al punto" y hasta preparaba la pasta con menos asco del que supuso. Todos los pedidos estaban vendidos, así que, cuando Angelón estimaba la mies suficiente, reafirmado en la convicción de que la ambición esclaviza al hombre, reanudaba sus clases "teóricas" filosofando encantado de tener tan cerca una esponja que absorbiera con fruición sus sentencias. Para Migueta, el maestro era una continua sorpresa. ¡Qué sabio! ni los eclipses escapaban a su conocimiento...

-Son fenómenos periódicos y predecibles mi querido Miguel.

¡Ni la electricidad le da miedo!

-Es cierto que su naturaleza no ha sido desvelada pero la unión de un polo positivo con...

¡Qué sabio era el maestro! ¡Qué sabio era su maestro!

-¡Ay Miguel! Miguel, no hay mejor oficio que el de alfarero, es más, si Dios existiera seguro que sería alfarero.

Migueta se puso céreo.

-¿Miguel te sucede algo? El crío confundido respondió.

-Angelón...¿es que Dios no existe?

Duro envite para zagal tan tierno, pensó Ángel.

-¡Bueno! haber , haberlo...

-¡Existe Dios! ¿eh Angelón?

El erudito, que por acumular conocimientos, no por creencias, había leído el Evangelio recordó lo de "escandalizar a los pequeñuelos", lo de "atarse una rueda de molino al cuello" y, prudente, retrocedió en su aventura mental.

-¡Pues claro Miguel! ¿No ha de haberlo? Por cierto, mañana no vengas es viernes y te doy fiesta ¿Estás contento?

Quiso Angelón hacer de la noticia una verónica para burlar la siguiente embestida pero el crío ya había arrancado...

-Hay Dios ¿verdad Ángel?

El barbudo buscó una respuesta que sin contradecir sus convicciones pudiera satisfacer a los dos y una frase de autor olvidado le vino al pelo.

-¡Sí Miguel! ¡Sí! Además, si no existiera habría que inventarlo.

-Pero hay Dios ¿eh? Angelón...

Era tanta la fe depositada en ese hombre que ya no existía otro norte. Si Angelón hubiera negado a Dios Migueta lo hubiera dado por cierto pero entonces, su alma en fundición, se hubiera quedado sin cielo, sin Manuel y sin Sietemachos. Ángel podía ser tosco pero no era avieso e intuyó que Miguel sufría. Cuando vio que los ojos del niño le rogaban un remo con el que navegar entre las dudas, renunció a sus convicciones y reafirmó.

-¡Pues claro que hay Dios ¡coño! sino ¿quién hubiera hecho todo? ¿Quién te hubiera hecho a ti? ¡Resalao! que eres más majo que un tiesto.

Con esta frase de acetona desapareció el esmalte de incipiente amargura y Migueta recuperó su color original. Angelón era ateo pero el sabio refranero le había convencido de que "una mentira es justa si, por hacer el bien, la verdad oculta" y pellizcando los mofletes del ya sonriente repitió.

-¡Ah!, pero mañana no has de venir ¿eh? que tenemos fiesta.

Sin ninguna posibilidad de medrar intuyó Miguel que el día festivo iba a ser de gran aburrimiento y por eso no comentó en casa el indeseado asueto. Fingiendo encaminarse al taller se perdió campo traviesa con rumbo indefinido. Cuando llevaba un rato paseando le asaltó el temor de ser reconocido y la necesidad de estar ocultándose continuamente añadió a la inquietud más aburrimiento. Finalmente optó por acudir a casa del maestro convencido de que si no había trabajo podría ayudar a ordenar los vasos o limpiar el suelo o tal vez, si Angelón le dejaba, se subiría al torno, aunque iba a ser difícil.

-Dirá lo de siempre..."suo témpore" "suo témpore"  
¿Cuándo será el día de "suo témpore"?

Enfrascado en estos pensamientos tiró decidido de la trencilla y abrió el portachuelo. El torno estaba quieto, la puerta de los meaos cerrada y el horno apagado, pero escuchó voces dentro. En silencio se asomó por el ventanuco y pegado al cristal se topó con una espalda desnuda. Dos hombros curvos y unas escápulas protuberantes dejaban escapar unos finos brazos que, arqueados por encima de la cabeza, arrebuñaban entre las manos unos largos cabellos. La nuca, poblada de negra pelusilla, se contoneaba en dirección contraria a una cintura que, engrosada en dos masas de carne temblona, terminaba sobre unas piernas rectas. La mujer reía y en su danza giró súbitamente la cabeza. Sin los reflejos prestos Miguel hubiera sido descubierto pero una rápida flexión de sus rodillas le hizo desaparecer.

Tras unos segundos de respiración contenida volvió al cuadro. Ahora, entre los poros de la cortina, vio a la morena de frente que, con los ojos cerrados y en flexionada reverencia, apocaba los labios, segura que tras de ella, Angelón exploraba sus accidentes terrenales. El "habilidoso" maestro, recostado en la cama, estaba tapado de medio cuerpo. No llevaba puestas las gafas y sus ojos eran como minúsculos puntos de expresión pícaramente complacida. La perenne boina pendía en una esquina del cabezal y diluía su negrura el humo azul de un cigarrillo que ardía olvidado sobre la mesilla. Para Migueta el tema central no era Angelón, así que, miró de nuevo a la modelo y en el pómulo derecho de esa desnudez observó un gran lunar, luego, luego... no había sino pechos. Había visto los de su madre y los de la abuela, pero unos le parecieron tan normales como las orejas y los segundos le recordaron las tetas de la "chota", menos negros pero igual de pellejos. ¡Si! éstos eran diferentes, como dos grandes patatas lisas, como panecillos antes de entrar en el horno. Debajo, las costillas amparaban un ombligo redondo y luego, rizos, sólo rizos, por más que buscó no encontró sino rizos ¿Cómo podía existir tanto arriba y abajo tan solitaria ausencia? La mujer correteó hasta la cama y Miguel pensó que iban a terminar riñendo. Cuando la batalla se hizo estruendosa, seguro de que no iban a oír sus pasos (ni mil bombas que cayeran), se tomó el día libre comentando...

-Mal no se hacen, ergo a tus cosas, que por algo dijo Angelón que hoy era día de festejo.

El sábado, Miguel, acudió puntual. Guardó lo visto en la recámara "para cuando fuera tiempo de comentarlo" y observó que Angelón liaba un cigarro con abundante tabaco procedente de un cuarterón nuevo.

-¿Qué tal Miguel? ¡Miguelón! ¡Miguelín! ¡El mundo es bello! ¡Te lo digo yo! La vida es bella y ya sabes..."Magister dixit", es decir... ¡lo que diga el maestro!

Inusual alegría, pensó Miguel mientras trasladaba leña hacia el horno.

-Que prisa tienes pilluelo... ¡Pues no vienes hoy con ganas de trabajo! ¡Anda! entra en el cuarto y tráeme el chisquero...! ¡Bello día Miguel! ¡Bello día! ¡Te lo dice el maestro!

Cuando Migueta entró en el dormitorio vio la cama "excesivamente hecha". Le pareció que los leones de la colcha estaban cansados y en la pila sólo un vaso sucio... ¡por primera vez el fregote hecho! Buscó el mechero y lo encontró al lado de un libro en cuya portada leyó... "Poesía Romántica"

Ángel encendía ya el segundo de la mañana y Miguel mirando al suelo preguntó.

-Angelón... ¿Estás casao?

El fumador negó con la cabeza.

-¿Por qué me preguntas eso...?

-No, por nada, por nada...  
-Sólo los tontos preguntan por nada. Estuve casado ¡sí!. Pero ahora no lo estoy.  
-¿Y dónde tienes la mujer?  
-¡Yo qué sé!  
-¡Pues si no lo sabes tú!  
-Estuve casado ¡te he dicho! Entonces trabajaba de día y estudiaba por la noche. Mi vida se iba quemando en combustión lenta y creo que todo lo hubiera soportado si un poco de cariño hubiera llenado mi ánimo pero cuando, tras dedicar horas y horas al empeño, no oía sino ... "¡Vamos señor abogado que es para este año" o... "Venga ilustrado que la carne no la regalan! reflexioné y acerté al pensar que esa fiera y sus mandíbulas no me querían a mí sino a la esperanza de un futuro mejor. Quemar mi juventud en esas circunstancias me pareció excesivo regalo, así que, dulcemente, un día me acerqué a su preciosa orejita y le dije ¡que te zurzan guapa! y nos divorciamos.  
-¿Y ahora viene a verte?  
-¡No! hace tiempo que no sé nada de ella.

Angelón pensó que Rosa había olvidado algo y que Miguel, al buscar el encendedor, lo había encontrado. Con esta duda se levantó, fue al cuarto, pero una vez dentro, excepto el libro abierto y una pulcritud que él mismo consideró inusual, no observó nada especial. Cuando salió volvió a sentarse y antes de que Migueta abriera la boca le espetó...

-¿Y a qué coño vienen esas preguntas. Miguel?

-Por nada, por nada... Porque está todo muy limpio. Como... Como si hubiera estado una mujer.

-¡Ah bueno! ¿Es por eso? ¿Crees que soy un guarro? Soy bohemio pero no sucio, además, si te di vacación ayer fue porque algún día tengo que dedicarme a la casa ¿no?

Miguel miró irónicamente al techo y Angelón supuso que ya compartía con el crío otro secreto, pero ambos, en un acuerdo tácito, abandonaron el tema y comenzaron a trabajar sin hablarse.

Pasó la mañana entre el ir y venir de cacharros. Las circunferencias de arcilla crecieron silenciosas y ese día el relajado maestro no precisó descanso, ni hubo vino, ni queso, ni regojos que tirar al suelo.

## XII-EL ULTIMO DÍA

Miguel veía terminar el verano y con él su periodo de aprendizaje. Atado siempre a la odiada frase de "suo tẽmpore... suo tẽmpore" aún no había torneado. Sin desagradarle la idea de ocupar su bien ganado tercer escaño, el fin del estío le afligía, no sólo porque biológicamente parecía diseñado para resistir el calor, sino también, porque el sol rasante indicaba de nuevo la reclusión en la casa de la carretera y entonces, no podría acudir al taller de Angelón. Era el último día y Migueta no aguantó...

-¡Angelón! ¡quiero ser alfarero!

-¡Eso! ¡Cojonudo! A mí me costó una guerra, un matrimonio y una carrera dedicarme a esto, y tú, así, ¡por narices! me dices que quieres ser alfarero... ¡Cojonudo!

-Yo no quiero ir a la escuela. Quiero vivir como tú.

-¡Perfecto! ¿Sabes cuánto he tenido que pasar para vivir de este modo? ¿Sabes cuánto me costó matar la envidia traicionera que silbando en mis oídos decía ¡Inútil! ¡Inútil!... ¡mira cómo prosperan tus compañeros! ¿Lo sabes? ¡No! ¿Verdad? ¡Ay Miguel! vivir así, sin ataduras, sin bienes, sin deseos es lo que todo el mundo anhela ¿Sabes cuánto tiempo?...pues veinte años ¡veinte años! veinte años de lucha para convencerme de que ser feliz es el único objetivo válido ¡veinte! para concluir que ni el talento conlleva la felicidad y tú, así, de repente, sin haber probado nada ¡Venga! ¡Quiero ser alfarero! ¡Quiero ser alfarero!

Angelón estaba enfadado pero no por el comentario de Miguel. Presentía que la ausencia del compañero le iba a doler y la tortura provendría más de reconocer "ese dolor" que de la soledad acompañante. Durante ese verano alguien le había recordado que no era capaz de vivir sin afecto, y otra vez, su actitud autosuficiente, disimulada en el egoísmo, se veía en entredicho. Esa vida solitaria que durante años había servido para despreciar cualquier atadura era ahora cuestionada por el cariño que el crío le ofrecía. Para Angelón Migueta era el hijo "ideal" llovido del cielo, así, sin esposa, sin lactancia, sin pañales... Con todo, no era tampoco un capricho, un muñeco al que dejaba de dar cuerda cuando hacía ruido. Migueta nunca fue de "otros padres" y por eso, si alguna vez reverberaba molesto, jamás sintió la tentación de enviarlo a su casa. Lo que veía en Miguel era más profundo, era un sueño, era la posesión de un campo virgen donde hender el arado de sus dudas para perpetuarse en el recuerdo de un semejante. Pero Ángel sabía que ahora, ese campo, sería sembrado por más labradores y para no admitir que podía sangrar ignoraba la existencia de la herida.

-¡Qué pasa! ¿Que mañana no vienes? ¡Pues nada hombre! ¡Nada! Que sólo un manjar pronto pone hastío! Además, con lo burro que eres, si estuvieras conmigo todo el año, seguro que terminaba dándote algún golpe, así que... sueña con el torno y ¡ya veremos! ¡Venga a la escuela! ¡A la escuela! Que con el "azules" vas a aprender lo que deberás pronto olvidar si quieres ser un hombre.

Ángel intentando serenarse y buscando razonamientos que hicieran la despedida menos dura paseaba inquieto alrededor del torno.

-¿Angelón?

-¡Qué joder! ¡Qué!

-Podría traer los libros y me explicas tú las lecciones.

-¡Eso, encima competencia al funcionario! ¿No sabes que muchos maestros descomponen la novia? ¡A ver si te enteras! tú, sólo tienes un maestro y ese es don Luis. ¿Yo? ¡yo no soy nadie! sólo un alfarero ¿entendido?

Miguel iba a llorar y antes de que Angelón viera las lágrimas discurriendo por las mejillas del niño pensó que había llegado la hora de admitir que estaba equivocado. Hubo un largo silencio y cuando se hizo más cruel que las palabras, el gafudo, lo rompió musitando amablemente...

-Mira Miguel, si en algo me aprecias consigue ser el número uno de la clase...

-¡Ya soy el tercero!

-¡Pues mal puesto! Tú siempre el primero o el último. Hay que hacer la revolución por arriba o por abajo, pero nunca desde el centro. El centro sólo sirve para soportar la presión de los extremos. O luchas u holgas, pero el tercero... ¡Es mal puesto!

Ese día nada era bueno y Miguel, de nuevo dolido, pensó que para su edad ser el tercero estaba bien, pero

de todos modos, Angelón debía tener razón, así que...  
¡a tomar nota!...

El alfarero, en lugar de aliviar la tensión, había dado una última estocada, y consciente de ello, se arrodilló enfrentándose a los ojos del amigo.

-¡Aprende mucho Miguel! ¡Aprende! y el verano que viene me enseñas cosas nuevas, que yo también estoy ávido de conocimientos.

Angelón deseaba abrazarle pero desistió. Sabía que si lo hacía iba a llorar y ¡Él llorando! ¡Un republicano llorando! Tomó a Migueta por la cintura, lo sentó al torno y detrás del niño movió el pedal abarcando el dorso de las pequeñas manos. Dejó que el barro se alzara de la nada y en sus revoluciones surgió un cilindro estirado que sesgó con una liza. Cuando cesó el pedaleo y antes de que el torno bostezara el último círculo, comentó...

-Ya has torneado Miguel, pero no es lo más importante, lo más... lo que quiero que recuerdes...

El maestro había resistido, pero Migueta no era republicano y colgándose del cuello de Angelón, besó llorando al barbudo que también tenía las gafas empañadas.

Cuando Miguel descendía por el acirate que llevaba a casa del ama, vio a la mujer del lunar barriendo alegre frente al portal número treinta. Vestida le pareció más joven y se quedó mirando el oscilar de su falda sincronizado a las nubecillas de polvo escupidas por la escoba.

Antes de que reanudara la marcha, un hombre cejijunto, con un azadón sobre el hombro, la besó y luego entró en la casa.

Migueta intuyó que ese pan blanco llevaba la marca de otra artesa y supuso que también debía ser heñido por aquellas manos callosas.

### XIII- LA DECEPCION

Empezó el curso y con él una nueva retahíla de amenazantes recomendaciones.

-¡Este año no piensen que será como el pasado!

"Seguro que será igual" pensó el noventa y tres por ciento del alumnado.

-¡Este curso habrá notas!

"Seguro que no"; votó en silencio el noventa y nueve por ciento correspondiendo la abstención a Cerón que todavía no estaba en el ajo.

-¡Sí señores! Notas en una cartilla que sus padres firmarán periódicamente.

"Mentira, mi padre no sabe firmar" Analizó un doce por ciento mientras el resto votaba en blanco.

-¡Y esas notas! ¡Esas notas! serán un puente de comunicación entre sus progenitores y mi labor...

"Este hombre sigue loco" declaró unánimemente la asamblea...

Y en efecto, si no loco, don Luis seguía soñando. Nunca hubo cartillas porque nadie las pagaba, además, era consciente de su incapacidad para ordenar tantos datos, y sobre todo, los padres jamás habían

echado en falta ese "cauce de comunicación". Hacía tiempo que el maestro fue nombrado único administrador de la educación de sus retoños ¡y era natural! por algo se pagaba a un profesional ¿No?

-!Ah! y sepan que la materia que voy a explicar será extremadamente complicada, así que a despabilar...!

-"Magister dixit", se le escapó a Miguel sin poder controlar el "sermo urbanus" veraniego.

-¿Qué? ¿Quién ha ladrado?

Trascurrieron unos segundos y todos los reclusos se miraron presagiando un castigo general pero Migueta se levantó valiente. No temía perder su pupitre, recordó las palabras de Angelón y no temía luchar desde los últimos lugares.

-Yo he sido, don Luis, yo he sido.

-¿Y qué ha trinado usted pajarillo?

-"Magister dixit" ¡señor profesor!

-¡Ah! ¡Usted no trina! ¡Usted grazna! ¡Usted guglutea! Usted...

No existía ofensa pero el descaro y el reto eran merecedores de esos adjetivos

-¿Y sabe usted lo qué ha dicho? ¡dooon Miguel!

Ese "dooon" era una espada desenvainada pero Miguel no tuvo miedo

-¡Sí señor! Quiere decir..."el maestro ha dicho"

-¿Sabe usted latín?...¡ doooooon Miguel!

-Un poco, don Luis , un poco.

El maestro caminó en horizontal mirando de reojo al resto del alumnado para encontrar signos que indicaran merma de su autoridad y los encontró. Le pareció que todos los niños llevaban en su sonrisa un "¿y ahora qué?... ¿eh?"

Cuando había recorrido media aula estalló crispado.

-¡Pues cálese y no hable! ¡No hable si no le preguntan! ¿Ha entendido hermoso pavito?

El senecto docente había tirado la baraja antes de dar las cartas. Temía no llevar triunfos. Dudaba que ese crío supiera latín, pero él, siendo fuerte en matemáticas y dominando las "naturales", casi no acabó la carrera por culpa de la romana lengua.

-¿Y con quién ha estudiado usted latín? dooooooooooon Miguel (la espada ya no tenía funda).

Migueta pensó que el aprecio de Angelón por el maestro debía ser mutuo. Intuyó que si lo nombraba la expulsión era segura y le pareció demasiado para ser el primer día.

-Con... con mi madre don Luis.

-¡Hum...! ¿Su madre sabe latín?

-¡Sí!... sí don...

Todo era posible y esa duda sofocó la insistencia.

-Pues me parece muy bien pero no es hora del latín. Lo primero es lo primero y luego lo segundo ¡Todo a su tiempo!

-"Suo témpore, suo témpore", añadió Migueta para acabar pronto con el control del maestro.

-¡Cállese! ¡Cállese le he dicho! ¡Y pase al último puesto! ¡Señor París! ¿Quiere usted permutar su asiento con doooooooooooooooooon Miguel (El acero estaba clavado)

Y París, el último roncero, se vio elegido "diputado a cortes" convirtiéndose en "clase selecta" sin ostentar ningún mérito.

Don Luis no había recogido el guantelete y para que nadie pensara que temía el duelo precisó que el castigo se debía, única y exclusivamente, a responder sin permiso en clase. Pero el vago alumnado no tragó tan lerdo pretexto y cuando Miguel se dirigía a ocupar la vieja mesa, todos murmuraron a su paso...

-¡Cojonudo! ¡No sabe latín! ¡Le has dao en el cogote!  
¡Cojonudo!

Siguiendo los consejos de su "otro maestro" había renunciado a los "lujos mundanos" Estaba deseando contarle a Angelón que ¡por fin! comenzaba "desde abajo" pero, cuando don Luis regurgitó el ridículo, Migueta se dio cuenta de que las revoluciones solitarias siempre son martirologios, y así, durante las primeras semanas tuvo que salir al estrado todos los

días y rara era la tarde que no le tocaba leer. Las vigilancias dormitantes del ofendido profesor se hicieron cada vez más traidoras y monográficamente tenían como fin cuestionar la postura o la actividad del "joven latino".

Cuando estaba a punto de ser fusilado, los compañeros, que no pretendían luchar por el mundo sino pasar otro curso, le abandonaron frente al pelotón y, escondida la bandera de la indisciplina, Miguel se quedó solo ante la desgracia. Si hubiera podido hablar con Angelón le hubiera pedido consejo pero la presión de don Luis le obligaba a estudiar largas horas y, cuando terminaba, sólo le quedaba tiempo para cenar antes de acostarse rendido.

No volvió Miguel a usar más latines (tampoco su vocabulario era muy extenso) Desengañado por el abandono insolidario decidió que la mejor manera de hacer la revolución era quedarse inmóvil.

El tiempo enfrió la venganza. Las flechas empezaron a clavarse en otras dianas y como sólo Gareta o Gámez resistían en pie, Miguel, fue de nuevo ascendiendo, gracias a la desidia del resto de sus compañeros que con su hundimiento lo iban ensalzando. Así el "diputado París" creyéndose por siempre en Madrid, fue perdiendo votos hasta ocupar el escaño que le correspondía. Migueta aprendió que "sólo el perro pulgoso revuelve la jauría" y se prometió que, aun llevando la contra a su querido Angelón, no cargaría más con el estandarte de la discordia.

Un control menos refinado de sus andanzas le permitió cambiar horas de estudio por una posible visita al taller del alfarero pero habían pasado ya dos meses. Un jueves pudo hacer "pirola" y se acercó hasta el chaflán. Buscó la cuerda en la puerta pero ya no colgaba entre la rajada madera. Intentó en vano empujar el portalón y a falta de picaporte golpeó con los nudillos. Los gruesos maderos, sin caja de resonancia, devolvieron dolor en lugar de sonido y mientras soplaba la mano, moviéndola en abanico, llegó hasta la tapia. Contuvo el aliento pero no escuchó voces ni ruido. Esperó unos segundos y luego impaciente comenzó a gritar

-¡Angelón!...¡uhhh!... ¡Angelón!  
¿Habrá salido? ¿Dónde puede estar?  
-¡Angelón!...¡uhhh!... ¡Angelón!

Iba a marcharse pero un gañán sucio y sudado portando un azadón le recordó la mejilla de una mujer. Le siguió a prudente distancia y cuando llegó al número treinta de la calle que terminaba tras el último almorrón esperó a que hubiera entrado. Luego, entornando algunas tiras de la encadenada cortina, escupió un maleducado "pssch..."  
Ante la inutilidad del siseo probó con un refinado..."¡a las buenas!" y entonces una cara salió al pasillo mirándole con extrañeza.

-¿Quieres algo zagal?

Era la mujer del lunar que con unos rizo bufos y el pelo recogido no parecía tan bella como la última vez que la vio.

-Pues verá señora. Estoy buscando a Angelón.

La morena avanzó unos pasos y bloqueó la entrada mientras una voz ronca gritó desde el interior.

-Rosa ¿quién es?

-Nadie, cariño, un zagal que...

Como vio Miguel que la dueña tenía intenciones de no dejarle pasar gritó pidiendo auxilio...

-Soy Migueta Migueta de casa Chalán.

-¿De casa Chalán? Pues pasa hombre. ¡Pasa!

Con este salvoconducto accedió hasta la cocina. El hombre peludo se lavaba las manos con la delicadeza de un cirujano y sin apenas mirarle añadió.

-¡Dale una pasta mujer! ¡Que es de casa Chalán!

El hortelano tras secarse restregó su cara en la toalla.

-¿Y qué te se ofrece mozón?

Migueta antes de responder miró la nariz fimbriosa del hombre.

-Venía por si ustedes saben dónde está Angelón.

-¿Angelón? y ¿quién es ése?

La mujer, abriendo un bote lleno de galletas, se estremeció. El tape cayó al suelo y tintineó metálicamente. De no haberse encontrado de espaldas su repentina palidez hubiera puesto en guardia al ignorante marido. Se giró y mirando a la mesa tartamudeó...

-El Ro...jo... Se refi...ere al Ro...jo... Al alfarero.

-¿Y por qué i de saber ande está el rojo? respondió el aseado.

-Bueno. Yo creía que su mujer era amiga del Rojo.

-¿Yo amiga? Yo sólo le compraba algún cacharro.

La angustiada creyó llegado su fin. O bien Angelón había contado algo al niño o ese enano era un cruel embuche buscando su perdición. Descontrolada llenó un plato con rosquillas y las acercó a la mesa.

-¡Mujer que el crío no va a cenar! ¡Ti i dicho unas pastas, no tol bote"! ¿Le comprabas? ¡Coño! ¿Y no le compras ya u qué? Añadió el hombre mientras se metía una rosquilla en la boca.

-¡Se ha ido! respondió la azorada estrangulando el delantal.

El peludo sin abrigar sospechas recriminó.

-¿Que si ha ido? ¿Y ande?

-¿Yo que sé? Si él no vende alguien venderá ¡digo yo! replicó Rosa fingiendo seguridad.

-¡Toma pos claro! apuntilló el hosco mientras llenaba un vaso con vino.

Migueta plisó el gesto y como un autómeta repitió ¿Se ha ido? ¿Se ha ido? ¿Se ha marchao?

-¡Si majo! Se ha marchao... y ahora si no se te ofrece nada más tenemos que cenar.

El marido tragó con ruido de tubería, luego eructó y apoyando el codo sobre el humedecido hule recapacitó ajeno a lo que sucedía.

-¡Claro! Alguien pondrá taller ¿No?

-Supongo... Añadió la turbada.

La brusquedad del patán contrastaba con la elegancia de Angelón. Miguel celebró el hociquillo curvo, hecho de asco, que la mujer dedicó al hombre cuando, tras vaciarse una caries, acercó el dedo a la oreja para fraguar una pelotilla de cera.

El crío desvió la mirada y sobre un anaquel vio un retrato de boda con una hermosa mujer vestida de blanco. A su lado estaba el mismo hurón que ahora le revolvía las tripas. El aprendiz recordó la cara feliz que besaba a Angelón y se imaginó a Rosa fregando mientras su amigo leía versos. Le pareció bien lo de ella con el alfarero y no sintió pena por el que, llenando otro vaso de vino lo tragó luego, con un glu-glu coronado por un repugnante ¡agggg.!

-Bueno si no quieres nada más ¡ya ves! sólo esto sabemos (quiso concluir el tormento la dueña).

El sediento iba por otro "quinto" y Migueta para evitar un nuevo concierto de cloaca se despidió con rapidez.

Rosa le acompañó sellándose los labios en el pasillo y una vez en la calle, perdió el aplomo y comenzó a llorar...

-Se ha marchao Miguel ¡Se me ha ido!...

Migueta, cabizbajo, dio unos pasos. La mujer usó la manga para enjuagar las lágrimas y prosiguió...

-Vino a despedirse pero no le creí ¡El muy..! Me dijo... me dijo, que miraras ande tú sabes, que había dejao algo pa ti...

Del interior del portal número treinta un bramido reclamó la cena. Las caderas de Rosa se acercaron a Migueta y la mujer, abarcando la nuca del niño lo apretó contra la blandura de su abdomen. Esa falsa escena de "madre e hijo abandonados" le hizo separarse con brusquedad, pero luego, cuando vio esa afligida expresión de mendigo implorante, volvió a su regazo...

-Nos ha dejao Miguel. Nos ha dejao...

Al alejarse una sonrisa de Miguel aseguró a la mujer que el secreto estaba bien guardado. Migueta sintió pena por la llorosa e intuyó que sin el consuelo de Angelón su matrimonio seguiría siendo un castigo.

Aunque era tarde volvió al taller y trepando como una rata por las amarras de un barco usó un tablón para salvar la tapia. Saltó sobre la leña pero los arañazos fueron indoloros. Una vez dentro caminó a tientas

hasta el torno y encima del mismo encontró su vaso, ya cocido. En la cara externa, lisa y brillante apreció una inscripción que no entendía y en su interior encontró un papel que extendió para leerlo a pesar de la escasa luz.

*Querido Miguel:*

*Tal vez no entiendas esta carta, si es así, te ruego que la guardes y la leas pasado algún tiempo.*

*Mi amado y único aprendiz, siempre que huyo de las cenizas acabo en las brasas y como dice el refrán "el gato escaldado del agua fría ha miedo" Aunque te parezca que es pobre señal de amor salir huyendo ésta es la razón que me ha hecho alzar el vuelo. Yo sabía ¡pilluelo! que conocías lo mío con ¡bueno! sin nombres que los "lapsus cálemi" pueden traer desgracias tú ya sabes... e incluso pienso, perillán, que por la insistencia de tus preguntas y por detalles que se te escapaban hasta nos habías espiado ¡eh bribón! el caso es que "esa mujer" quiso al principio leer poesía, luego me pidió más cosas y al final, tal vez aturdida por la miel de los sonetos, ¡pues eso! terminó pidiéndome entero.*

*Empezó a decir que yo era "su aire" "su cielo" que sin mí su vida no valía nada, que... ¡en fin! que si un hijo, que si hemos de hablar con mi marido...*

*Yo Miguel, sé poco, pero estoy seguro de que la felicidad, cuando sale al paso, lleva siempre disfraz traicionero. El amor es un bien que no crece ni mengua sólo se traslada de aposento ¿No sé si me explico?*

*El caso es que pensé... ¡bueno! si me quedo ¿qué va a ser del pobre marido? (que aunque feo, como al erizo, también Dios le hizo) ¿Comprendes?*

*¡Sí Miguel!. La vida es una luz sin retorno y cuando en su viaje algún espejo inoportuno se interpone, debe ser roto sin compasión, para que no modifique su rumbo y el mío está ya trazado. Yo Miguel no me considero dueño ni de mí mismo y entonces ¿cómo voy a poseer a otro ser?*

*Sabes, porque a ti te lo he contado, que mi deseo es estar solo, y así, tal como soy, taciturno y egoísta, no me puedo permitir sentimientos que despeñen a otra persona hacia la agonía de un aburrimiento, que , créeme siempre llega. Piensa un momento ¿no opinas que esa deliciosa mujer se casó convencida de lo que hacía? ¿No crees que el tiempo la ha traicionado? ¿Cómo puedo yo cruelmente volver a repetir en ella ese destino?*

*Por esa razón, porque pienso así, enmudezco y mis ansias de compartir se diluyen ¡No! No quiero poseer. Ya conoces mis bienes son mis manos, los libros y nuestro primer secreto (Por cierto ¿ha quedado brillante el vaso?) ¡Bueno! pues todo esto se lo dije a ella y la previne antes de que fuera demasiado tarde, pero Miguel, el corazón turbado desoye los consejos y lejos de advertir el futuro tedio, no hizo sino planear viajes, compras y hasta cosió unas cortinas de terciopelo para nuestro futuro hogar...*

*También a ti empezaba a quererte en demasía y prefiero recordarte así, como un lazo, no como una cadena .No quiero amor de nadie !Miguel! ¡Y vale!. No veas en este papel un adiós terminante porque a*

*veces, quien huye pronto, pronto vuelve y la vida gira más rápida que el torno. Por eso, tal vez en alguna esquina, cuando hayas crecido, me digas un día .¡Hola cabrón! ¿Te tomas un vino conmigo? ¿Verdad que sí Miguel? Yo hasta entonces seguiré buscando las cosas inciertas para no tener que decir nunca que el tiempo pasado fue mejor.*

*Te repito, y ¡atiende bien! que ahora, estas líneas pueden carecer de sentido. No me juzgues y espera unos años. Cuando tu cabecita preciosa termine de cocer ese maravilloso ser que hay en ti, entonces, tal vez comprendas... Mi querido Miguel, guarda esta carta en el vaso que hiciste con tus manos y me insultas más tarde. Cuando la entiendas, entonces, mira al viento y lanza un "¡JODIDO ROJO"! y chilla ¡chilla! porque aun estando muerto me llegará tu voz y yo he de encontrar la forma de responderte.*

*Miguel, mi Migueta, mi querido Migueta, dos últimos consejos. Uno te lo doy escrito en papel. Es éste:*

*En la vida debes ser lo que tú quieras, sin importar lo que prefieran los demás (sobre todo porque con el paso de los años todos haremos el mismo oficio) Y el segundo...¡crío mío de los cojones!... el segundo está en tu vaso pero hasta que lo descifres quédate con estas tres palabras*

*"Te quiero mucho"*

*El Rojo.*

Migueta, en efecto, no entendió la carta. ¿Cómo podía decirle su amigo que le quería y marcharse sin darle un abrazo?

En ese momento hubiera deseado ser adulto, aunque su cuerpo no creciera nunca, para comprender lo que había leído, pero sólo pudo doblar con delicadeza el papel y meterlo otra vez en el vaso.

Se acercó al torno, cogió un resto de arcilla y sin pericia pedaleó haciendo girar la rueda. Su vista daba vueltas pero el barro no crecía. Lo apretó con rabia y entonces, el informe trozo, comenzó a bailar estirado hasta romperse en pedazos que salieron despedidos como las chispas de una espiral pirotécnica.

Dejó de pedalear y el chirriar del eje se fue haciendo cada vez más lento. Fuera ya del banco escuchó gruñir la última revolución y cuando se hizo el silencio frotó las manos contra la pared encalada dibujando dos barras que le parecieron de sangre coagulada.

Escaló el montón de leña y con el vaso dentro de la camisa descendió a horcajadas por el tablón. Cuando se dirigía hacia la casa de la carretera se dio cuenta de que no lloraba. No sentía nada, esta vez no sentía nada. Sin saber la razón sólo recordaba esas dos barras que parecían simbolizar el final de una amistad, el final de un oficio que ya no ejercería.

Ahora sólo deseaba acostarse y dormir; dormir para que al llegar el día todo fuera mentira. Cuando ya en la cama cerró los ojos allí seguían esas dos rayas como las manchas del pantalón del maestro o como el lunar de la mujer que barría frente al número treinta,

como un anagrama simbolizando el estupor engendrado por lo sucedido.

Durante mucho tiempo esas barras acompañaron al cierre de sus párpados. Las frases escritas en el papel le parecieron a Miguel las cenizas de Angelón y las guardó para cuando fuera oportuno resucitarlo, pero la inscripción, grabada en el vaso, pudo descifrarla al día siguiente gracias al párroco.

*"Verba volant. Opera et scripta manent"*

-¡Bella frase!

*"Verba volant. Opera et scripta manent"*

-¡Las palabras vuelan, las obras y los escritos permanecen...

-¡Bella frase! repitió el cura...

## XIV-LA HUIDA

Esa envidiable versatilidad, esa inteligencia aplicada que capacita a los niños para sobrevivir ante el infortunio, cicatrizó la ausencia de Angelón en pocos meses. Migueta continuó las clases obedeciendo el último consejo de su amigo y empezó a ser él mismo.

Una tarde con el cielo que amenazaba mojarlo todo, Antonio y Miguel volvieron a casa antes de la hora acostumbrada. El cuarto de la carretera les pareció inusualmente ordenado. El colchón desnudo mostraba sus rayas azules manchadas por los "pises" de Manuel y el hornillo eléctrico, de espiral monovuelta, no estaba sobre la estantería. La mesa de camilla, sin faldas, parecía el esqueleto de una vieja sujetando un brasero apagado y dos maletas de cáñamo amarillo hacían guardia vertical frente a la puerta.

Pilar paseaba nerviosa de un lado para otro. Miguel observó que se mordía el labio inferior, pero no preguntó nada. Tras unos relámpagos el agua resbaló por los cristales formando hileras de barrillo que semejaban finos barrotos.

-Mamá ¿hoy no hay cena?

-¡Cállate!...Y Antonio no dijo más.

Con la luz apagada, la tarde marrón hacía cine de miedo por la ventana. Las riadas espumosas discurrían revueltas haciendo rezumar los charcos y cuando las rejas se hicieron lienzos, los dos hermanos, aburridos,

se acostaron sobre el colchón. El mayor sin entender qué sucedía volvió a preguntar.

-Mama ¿qué pasa?

-¡Que te calles! ¡Eso pasa!

Con ese "buenas noches" intentaron dormir, pero el monótono rumor externo en contrapunto con el rítmico taconeo de su madre les impedía conciliar el sueño. Los escasos automóviles que circulaban aplastaban su sonido contra el agua y esos ruidos embusteros hacían imposible el juego de "adivinar marca y modelo". Cuando el aburrimiento iba a vencerlos un repique extrasistólico aparcó bajo la ventana. Antonio supo que se trataba de un "ochocientos" que con su claxon gritaba estar esperando. Como un fantasma inesperado Carlos traspasó la puerta. Migueta somnoliento vio a su padre asiendo las maletas, pero se frotó los ojos e incrédulo dio media vuelta en la cama. Un ¡vamos! de su madre le hizo ver que no estaba soñando.

Había dejado de llover y las luces de los faros charolaban en el asfalto. El humo que salía del tubo de escape hacía espirales al no poder ascender por la excesiva humedad ambiental. Un hombre vestido de azul, portando una gorra plana, bajó del puesto de conducción y con presteza abrió el maletero donde Carlos hizo reposar la carga.

-¡Meteos! indicó después.

Los niños todavía obnubilados obedecieron y cuando Miguel entró en el automóvil notó un olor, mezcla de gasolina y azafrán parecido al de los socrocios que "Chencho" ,el practicante, le aplicaba en el pecho cuando "pillaba" algún catarro.

Discretamente los dos hermanos habían luchado por el lado de la ventanilla. Como solución Antonio ocupó la izquierda y Miguel la derecha. Pilar se colocó en el centro y tras cuatro portazos consecutivos la raya central de la carretera comenzó a ser engullida por el frontal del auto. Migueta miró a su frente y vio cómo el morro corría persiguiendo la luz de los faros sin lograr alcanzarla. En el asiento delantero, junto al taxista, su padre descubierto (como correspondía a un espacio cerrado) le mostraba un cuello pulcramente rasurado. Mirando su perfil ribeteado por la luz de algún coche circulando en sentido contrario, se dio cuenta de que aún no le había saludado. Tocó su hombro y Carlos giró la cabeza sonriéndole ¡No estaba enfadado!

El conductor conectó la radio y en la oscuridad apareció una lengüeta verde de la que brotaron silbidos de sintonía. Tras varios intentos los ruidos se hicieron canción y un... "*cuando la tarde languidece renacen las sombras*" les entretuvo durante unos instantes.

Paradójicamente, la música, compuesta para ocupar el silencio, desató la conversación.

-¡Maja canción! ¿Eh? Comentó el uniformado ¿Parece una habanera? ¿No?

Ninguno de los ocupantes añadió comentarios.

-Tiene su misterio ¡Sí señor es buena! ¡Maja canción!  
Yo la he bailao con mi Águeda. Insistió de nuevo el chofer.

A nadie le importó si la tal Águeda era su esposa, su novia o su madrina de guerra. Miguel seguía absorto en el cristal y, aunque desconocía el significado de la palabra "cafetales", la melodía le agradó, pero sobre todo le fascinó poder escucharla en un coche. Miró a su hermano y haciéndole un guiño de complicidad demostró su felicidad por estar dentro de un "ochocientos" y en ruta...

Empezó de nuevo a llover. El agua resbalando hacía culebrillas sobre los cristales y el aficionado a las habaneras giró una pestaña cercana al espejo retrovisor. Una raya negra barrió el parabrisas. Arreció la lluvia y el humano transpirar colgó unos cendales de vaho sobre el que, como en "tablas rasas", Antonio y Miguel, escribían secretos mensajes haciéndolos desaparecer con sólo alentar sobre ellos. Las gotas, cada vez más gruesas, se estrellaban contra la luz y los baches ocultos parecían cepos donde el cacharro metía sus patas de goma.

-Tendremos que abrir una ventana  
-¡Si! ya bajo la mía, contestó Carlos.

Por la hendidura horizontal penetró un olor amable que dilató las aletas nasales de los ocupantes.

-¿Huele a tomillo? preguntó el conductor...

-¡A tomillo y a romero! añadió Pilar., mientras pasaba los brazos por encima de sus hijos.

-¡Eso! ¡A tomillo y romero! repitió Migueta que no sabía distinguir un aroma de otro...

-Mamá ¿Dónde vamos?

-A la ciudad, respondió la madre con tono de orgullo.

Los troncos de los álamos danzaban en las ventanillas haciendo círculos alrededor del vehículo y la laminilla verde escupió otra vez "*...cuando la tarde languidece renacen las sombras..*".

-¡Ve usted cómo es buena! La repiten en todas las emisoras.

Tras un bache el coche royó la cuneta.

-¡Joder! ¡Casi nos salimos!

-Psss ¡que llevamos niños! añadió Carlos ignorando que ese vocablo no asustaba a ninguno de sus hijos.

-¡Ya! ¡Claro! Pero... ¡Es que ya podrían gastar algún dinero en esta carretera! ¿No? ¿Sabe usted cuánto ha costado la instalación de Radio Nacional? ¿No? pues diez millones Y digo yo antes el suelo que las ondas ¿No? pues eso ¡diez millones!

Carlos ni negó ni afirmó, pero el taxista mirando al frente cabeceó dándose a sí mismo la razón.

-¡Ahora! que eso no es nada si se compara con la gasolina que queman los rusos para mandar al espacio a ese tal "Gargarini"...o Gayarin".

-Yuri Gagarin, anotó Carlos.

-¡Bueno! ¡Pues ése! Con tanta gasolina tendría yo para una vida de trabajo ¡Ve usted! Toda una vida de viajes con pasajeros y viajes productivos, porque, ¿ya me dirá usted para de qué sirve mandar un hombre al espacio? No si al final querrán llegar a la luna.

Migueta buscó la luna pero no la encontró. Carlos sin entender ese afán por la gasolina rusa atendió a los argumentos no sólo por cortesía sino por mantener despierto al parlanchín que ya parecía cansado. Un conejo apareció en el arcén y el animal hipnotizado dudó un momento el salto. El conductor quiso atropellarlo pero el orejudo fue más rápido.

-¡Joder! ¡Casi cenamos conejo!

Carlos iba a recriminarle la peligrosa maniobra pero el cazador motorizado comentó antes.

-¿Por cierto? ¿Ha visto usted? "Lo que el viento escampó"

-Será lo que el viento se llevó, corrigió Pilar ¡No!, no la hemos visto.

-Pues buenísima, algo inmoral ¿Sabe? Pero cojonuda, repitió el taxista al que ya no le importaba transportar niños.

-¡Sí!, en ese Cinemascope, a todo color y con doble ruido...¡Larga! ¡Larga! Pero muy buena.

Ante la falta de más comentarios, el cinéfilo enmudeció y entonces el ronroneo del motor se instaló en la cabina. La lluvia aminoró. Migueta, apreciando que "la vuelta" era demasiado larga, preguntó...

-¿Cuándo volveremos a la casa de la carretera?

No hubo respuesta. La goma del limpiaparabrisas raspaba enervante en semicírculo y el conductor devolvió el interruptor a su posición inicial añadiendo.

¡Vaya tiempesito! ¡Vaya tiempesito!

Un ruido crepitante salía de los altavoces. Carlos con fino humor comentó que en los cafetales la recolección debía haber terminado y ahora estaban con la molienda pero nadie se rió. El chofer movió la rayita vertical que dividía la lengüeta verde y tras conseguir sólo un "*Himm...chiu... piu....*" aclaró

-No alcanza. No coge y girando el mando, tras un clic, la lucecita alargada se esfumó.

El motor volvió a reinar en los oídos y Migueta preguntó de nuevo.

-¿Mamá? ¿Cuándo volveremos?

Pero su madre tampoco contestó. Había salido la luna y Carlos subió la ventanilla. La negrura lateral y la luz de los faros, buscando un punto de fuga, hipnotizó a

Migueta. El sueño venía a capturarlo pero antes de llevárselo le permitió mascullar...

-Mañana me pregunta don Luis ¡sí!, mañana me toca decir la lección...

Quando Miguel despertó lo hizo a solas en un desconocido dormitorio. Se levantó asustado y saliendo del cuarto llegó a un saloncito donde una estufa cilíndrica, con la tapa ruidosa, quemaba leña. Miró por la ventana y sintió vértigo. Nunca había estado tan alto ni siquiera cuando subía al tejado de casa Chalán. Abajo, la calle arbolada, parecía contener todos los coches del mundo y el sonido de sus motores se mezclaba con un murmullo extraño hecho de ruidos anónimos. Unos gruñidos de madera provenientes de una cercana serrería completaban el amasijo acústico.

Pilar, aproximándose por detrás, puso las manos sobre los hombros de su hijo y Migueta se volvió sobresaltado. Antes de hacer preguntas escuchó...

-Esta es tu nueva casa Miguel. De ahora en adelante viviremos aquí.

-¡Ya mamá! ¡Ya! pero debo ir a la escuela o llegaré tarde. Hoy seguro que me pregunta don Luis.

No había podido dejar un beso en la Peñeta. No pudo estrechar la mano del maestro y tampoco había tenido la oportunidad de comentarle a

Cerón que sus vientos eran cada vez menos bravíos. Suspendido en el aire estaba Miguel cortado en dos mitades y ninguna se atrevía a caer. Buscó el pedernal pero no lo encontró; con él se habían quedado, la culebra, las tapias, las cigüeñas, Manuel y Sietemachos y ¡Angelón! ¡Dios mío! ¡Angelón! ¡El vaso! ¡La carta!

Su madre alcanzó una caja de zapatos, la dejó a su lado y comentó...

-Pronto irás a la escuela, Miguel muy pronto.

-¡Sí mamá! pero hoy seguro que don Luis me saca a la pizarra.

En la caja de cartón estaba el vaso de arcilla. Pilar lo sacó y lo puso entre las manos de su hijo. Migueta empezó a llorar pero la sierra, aullando, ahogó el gemido que volvía a repetir...

-¡Hoy me pregunta! ¡Seguro! Hoy me toca...

## XV- LA VUELTA

Cuando los años cumplieron su cometido, cuando todavía en edad juvenil Miguel volvió al pueblo, ya era casi abogado.

Sus padres habían enterrado los recuerdos y ni la tumba de Manuel les hizo volver al lugar donde habían sido tan desgraciados. Miguel sentía que en el crisol de esas calles se había fundido el metal que ahora le hacía hombre y así, desconocido por todos, atravesó la estación que ya no tenía guardaguasas. Bajó por la calle Mayor y la encontró repleta de bares. Sintió que, a través de los cristales, lo miraban como a un señorito extranjero y aunque lo deseaba no se detuvo. Fue primero a casa de don Luis, pero un anciano tembloroso escrutándole extrañado no era el don Luis de su recuerdo. Luego quiso escupir en las charcas pero alguien le comentó que las habían desecado. Por fin se encaminó al cementerio. El nicho lapidado de Manuel estaba tan cuidado como el de Sietemachos y cuando se paró frente al de “Chalán” y del “Ama”, se sintió extraño, como un invitado por equivocación.

La casa de la carretera ya no existía. En su lugar un edificio de seis plantas había despreciado la farola adosada, y ahora, las mariposas nocturnas daban sus giros unos portales más abajo. La bacheada pista de asfalto era una hermosa vía de tres carriles. Buscó la Peñeta y vio que aquella empinada trocha se había convertido en escalones de liso cemento. La tienda de Petra era un supermercado y el chaflán del alfarero albergaba un club juvenil.

La infancia, disipada por el tiempo, sólo permanecía en sus recuerdos. Fuera, en las casas, en el barro, en el agua ya no había nada de él. No quiso ver a nadie más. Renunció visitar el establo, el pupitre y el portal número treinta, quería conservarlos como eran en su recuerdo y cansado se sentó en una piedra de la era de Eloy.

Atardecía, ascendió a un cercano teso que parecía hecho de greda, y mientras pisaba esa arena arcillosa blanco azulada, notó que un grito más fuerte que el de don Pelayo quería salir al exterior. Sacó un papel amarillento y al romperlo dejó escapar...

-¡Rojo! ¡Rojo! ¡Cabrón!

Y el Rojo roló con el viento hasta perderse en la lejanía. No hubo respuesta. Un niño que fumaba escondido tras un jaral se levantó, y escondiendo el "fumarro", miró sorprendido al loco.

Miguel, ya casi don Miguel, vio en ese crío a Migueta y comprendió que había demasiados Miguetas para que el suyo tuviera importancia.

En la estación, dos nubes rosadas le despidieron. Cuando los canchos blancos se pusieron en movimiento una frase olvidada llenó el vacío interior que le agobiaba...

*"...También a ti empezaba a quererte en demasía y prefiero recordarte así, como un lazo, no como una cadena..."*

FIN

Derechos reservados 1994- lcs 4347